

Annabeth Berkley

NAVIDAD

EN

Edentown



Navidad en Edentown

ANNABETH BERKLEY

Sinopsis

¿Traerá la Navidad alguna sorpresa inesperada?

Amanda Kerr no iba a ver a su familia por Navidad, pero eso no le impediría disfrutar de unas Navidades tradicionales. Era un objetivo, que como todos los que se planteaba, pretendía conseguir.

Escoge destino, se monta en su coche y un imprevisible temporal la hace detenerse en Edentown.

Richard O´Roarke aprovecha siempre que puede la oportunidad de visitar a su hermano y más desde que ha nacido su sobrina.

Siempre había defendido su libertad, pero desde el nacimiento de Alice, estaba empezando a replantearse algunas de sus prioridades.

Jóvenes, ambiciosos, seguros de sí mismos y de su independencia, ambos descubren que la vida puede ser mucho más que lo que creían si se permiten abrir el corazón, al Amor y a la Magia de la Navidad.

© 2021 , Annabeth Berkley

ISBN: 9798759546504

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

*«Bendita sea la fecha que une a todo el mundo
en una conspiración de amor»
Hamilton Wright Mabi*

*Con todo mi cariño y agradecimiento para todos los que me
habéis permitido entrar en vuestro corazón.*

Navidad en Edentown

Amanda Kerr frunció el ceño, confundida. No había visto en el parte meteorológico que fuera a nevar en el trayecto hasta Vermont. Se encogió de hombros, redujo la marcha y encendió la radio donde sonaba un alegre villancico.

Quería unas vacaciones navideñas tradicionales y la nieve formaba parte de ellas. Hubiera preferido disfrutarla cuando llegara a su destino en lugar de en la carretera, pero sabía que no podía hacer nada al respecto y enfadarse era algo que no estaba dispuesta a permitirse.

Aquel era uno de los objetivos que se había planteado a principios de año en el *vision board* en el que plasmaba aquello en lo que iba a enfocarse y, por supuesto, conseguir durante los siguientes doce meses. Había incluido una foto de un mercadillo navideño, y era lo único que le quedaba para cerrar el año y darse por satisfecha.

Había triplicado su cartera de clientes, había ahorrado e invertido lo que había planeado, había aprobado con buena nota el máster previsto, y, por fin, le tocaba disfrutar de sus merecidas vacaciones navideñas.

Eso era algo que no iba a encontrar con sus padres en la casa de Hawái, así que, después de informarse minuciosamente, había reservado habitación en un pintoresco hotelito rural y había preparado su maleta a conciencia para no pasar frío.

Unos kilómetros más y media hora conduciendo con bastante incomodidad, le hicieron tomar un desvío. La nieve había empezado a caer con más insistencia y no estaba disfrutando en absoluto del viaje. Decidió esperar a que amainara el temporal.

Unos robustos árboles parecía que formaban un pasillo de entrada a ¿Edentown? Eso le había parecido leer en el cartel del desvío.

Lo primero que vio fue una gasolinera, así que detuvo el coche para preguntar por alguna cafetería donde poder entrar en calor. Supuso que encontraría una en cuanto se adentrara un poco más,

pero no le gustaba perder el tiempo buscándola. Prefería ir sobre seguro.

Dexter Campbell, el dueño de la gasolinera y el taller mecánico adjunto, envuelto en un cálido anorak, se le acercó a paso rápido.

Amanda bajó la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó con su atractiva sonrisa.

Amanda enarcó las cejas, desconcertada. No esperaba un hombre tan guapo atendiendo la gasolinera.

—Estoy buscando una cafetería hasta que deje de nevar.

Dexter asintió. La joven de ojos verdes y cabello castaño rojizo parecía totalmente desorientada. Quizá debería haber escuchado las noticias que hablaban del temporal que se avecinaba en lugar de los típicos villancicos, pensó.

—Además de una cafetería, debería pasar a registrarse por el hotel —le sugirió amable—. Estamos en medio de una tormenta.

Amanda se fijó que lucía una alianza en una de las manos que había apoyado en su ventana a medio bajar. No le extrañaba en absoluto que estuviera casado. Además de guapo parecía encantador.

—De momento me conformo con la cafetería.

Dexter se encogió de hombros. Ya se daría cuenta por sí misma. La nieve había empezado a acumularse ligeramente en las aceras, y el capitán McLeod no tardaría en llamarle para que tuviera disponible la máquina quitanieves y la sal para esparcir y evitar posibles accidentes.

—Siga recto hasta la calle principal que empieza en el lago. A mano derecha no tardará en encontrar la cafetería de Carolyn. Los brownies son espectaculares, pero escoja lo que escoja le gustará. Y a mano izquierda llegará al hotel *Eden's Star* por si cambia de idea.

Amanda asintió agradecida y subió la ventanilla mientras lo veía entrar al taller mecánico del que había salido. No recordaba que en Nueva York se hubiera encontrado alguna vez un empleado de gasolinera tan atractivo, pensó. Aunque tampoco utilizaba tanto el coche, reflexionó dirigiéndose hacia ¿el lago? ¿la calle principal? Había prestado más atención a sus ojos que a sus palabras.

Llevaba mucho tiempo sin pareja. Quizá demasiado. Pero no la echaba en falta ni tenía interés alguno en encontrar una. Trabajaba muchas horas, ganaba mucho dinero, se superaba constantemente a sí misma... y era feliz con la vida que llevaba.

Sintió que la boca se le abría al ver la bonita imagen de los árboles, la pradera y los bancos de madera nevados que enmarcaban el lago helado del que le había hablado. Paró el coche en doble fila y bajó con rapidez para hacerle una foto con el móvil. Quizá ese paisaje fuera bonito de ver en verano. Aún no había preparado el *vision board* del año que no tardaría en empezar. Podría incluir Edentown en una próxima visita, decidió.

Volvió a meterse en el coche y apenas había conducido unos metros por la que debía ser la calle principal, decorada con motivos navideños, cuando vio un escaparate de galletas, y *cupcakes* con un pequeño cartel en la puerta de al lado, avisando de que era una «cafetería-pastelería». Supuso que era allí donde debía parar. Pensó que a la tal Carolyn le vendría bien un cartel más grande, quizá con su nombre impreso.

Aparcó muy cerca, se puso el abrigo, el gorro y la bufanda antes de salir, y cogió su elegante bolso. Una corriente de aire frío y la nieve cayendo en ligeros pero continuos copos, también parecía que le daban la bienvenida a ese lugar.

Se quedó mirado el escaparate como si fuera una niña. Le encantaron la bonita colección de galletas glaseadas con diferentes formas navideñas, los *cupcakes* con motivos y colores similares, los bombones variados y hasta los bastones de caramelo.

Eso estaba buscando, sonrió. Navidad en estado puro. Miró a su derecha. La calle estaba decorada con mucho gusto, acorde con las fechas que eran, los árboles nevados adornados con pequeñas luces, personas muy abrigadas que se sonreían entre ellas, la nieve en las aceras... ¿Qué más podía pedir?

Un escalofrío le recordó la necesidad de guarecerse al calor de la cafetería, y sonriente, entró.

Además del abrazo de calor que sintió, el olor a café y a repostería recién hecha, la invadieron. Era mejor de lo que había podido imaginar. La mujer morena tras el mostrador le sonrió dándole la bienvenida.

Amanda se quitó el gorro y la bufanda y fue hacia ella. Le parecía conocerla, pero era algo imposible porque nunca había estado allí. Se fijó en las diferentes bandejas con dulces para elegir.

—¿Qué te apetece?

—No soy capaz de elegir —le confesó—, pero me han dicho que los brownies son muy buenos.

—Has preguntado a Dexter en la gasolinera —le respondió la mujer risueña de ojos oscuros.

Amanda se sorprendió, pero asintió mientras se encogía de hombros.

—A Dexter le gustan los brownies porque su mujer se llama Bronwyn —le explicó— y a veces le hace rabiar cambiándole el nombre, pero te gustará cualquier otro dulce.

—Sí, eso también me lo dijo —le sonrió decidiéndose por un *cupcake* de chocolate blanco y almendras—. Ponme uno de esos y un té con canela.

—Perfecto, te lo llevaré a la mesa.

Richard O’Roarke se fijó en la bonita mujer que acababa de entrar en la cafetería. No la había visto antes. Alta, delgada, bonitos ojos verdes. Se removi6 inc6modo en su silla. ¿Por qué si había tantas mujeres atractivas en el mundo 6l no terminaba de dar el paso y salir con alguna en serio?

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su hermano sentado frente a 6l mirando a sus espaldas para fijarse sin mayor detalle en la desconocida a la que miraba su hermano.

—Nada —le mintió dando un sorbo a su café para evitar mirarle a los ojos.

Mike lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro?

Richard negó con la cabeza.

—No es nada.

—Llevas aqu6 menos de tres horas y pareces un le6n enjaulado ¿ya echas en falta llevarte a alguna mujer a tu 6tico de la ciudad?

Richard lo miró con una mueca. No lo había hablado con su hermano porque ni 6l ten6a claro lo que le pasaba. Cre6a que ten6a todo lo que quer6a. Hab6a trabajado mucho por conseguir su 6tico de lujo en uno de los mejores barrios de la ciudad, y hab6a conseguido

ser socio del bufete de abogados en el que trabajaba, en menos de tres años. Tenía un cochazo impresionante, se movía entre empresarios, inversionistas y prestigiosos abogados, viajaba cuando y donde quería y, de repente, su hermano se convertía en padre de una niña preciosa y le asaltaban cientos de dudas.

Que su hermano abandonara su vida de lujo por recluírse en una clínica veterinaria en Edentown le había sorprendido; que se enamorara de una mujer sencilla y encantadora, también, pero ser testigo de la transformación silenciosa que lo había convertido en padre y en un estimado miembro de la comunidad donde vivía, le había dejado sin palabras.

Buscaba cualquier excusa para viajar hasta Edentown y mirar embobado a su preciosa sobrina recién nacida. Alice era sencillamente perfecta. No tenía ni un mes y ya sentía verdadera devoción por ella. La primera vez que la pequeña le había cogido su dedo con su suave manita sintió tal emoción que, mirando a su hermano, supo que ambos estaban perdidos. Alice podría hacer con ellos lo que quisiera.

No podía explicárselo con ninguna lógica, pero desde que se había convertido en tío todo lo que veía se lo quería regalar a su sobrina. Lacey, su cuñada, le había hecho prometer que no le compraría ningún animal de peluche de más de un metro, porque después de los dos últimos ya no sabía dónde guardarlos. El triciclo, la cocinita para jugar y el tren eléctrico le habían dicho que se lo guardarían para dárselo cuando pudiera jugar con ellos, pero tampoco había podido evitar comprárselos. Era su único tío y quería ejercer como tal, aunque fuera demasiado pequeña para ser consciente de cuánto la quería.

¿Cómo podía un bebé transformar tanto a un hombre? Entendía lo que le había pasado a su hermano, que a fin de cuentas era su padre, pero ¿a él?

Él era muy feliz con su vida... o eso había creído siempre. Tenía que volver a la ciudad, suspiró. Aún tenía tres horas de viaje, pero cada vez le costaba más irse de allí.

—Bueno, te esperamos para Navidad —le recordó Mike—, pero no le traigas nada más a Alice. No me vas a dejar malcriarla si le regalas tú todo.

—Tú eres su padre. La tienes que educar. Yo seré quien la malcríe.

—Pues no te defenderé ante Lacey —le sonrió Mike con los ojos brillantes como cada vez que hablaba de su bonita mujer.

Richard sonrió con cierta envidia. Su hermano había dejado todo atrás y había cambiado de vida. Él no estaba seguro de ser tan valiente.

Amanda miraba a su alrededor con una sonrisa distraída. Parecía estar dentro de una película navideña de esas que ponían en la sobremesa los fines de semana. Estaba deseando llegar a Vermont y participar de lleno en todas las experiencias navideñas que pudiera.

Se fijó en que las personas que había en la cafetería estaban relajadas y sonreían. Parecía que el estrés estaba solo presente en las grandes ciudades. Miró dos veces a los dos hombres que estaban tomando un café junto a la ventana. Debían de ser hermanos, a juzgar por el parecido. Morenos, ojos verdes, bastante atractivos... Pero uno debía ser de la ciudad, pensó, porque tenía el ceño fruncido, el cabello ligeramente engominado, y parecía preocupado por algo.

Suspiró. Ella no pensaba fruncir el ceño. Estaba de vacaciones y no iba a preocuparse por nada. En cuanto dejara de nevar continuaría su viaje.

Carolyn Winter acercó a la desconocida su pedido sobre una bandeja cuando vio entrar a James McLeod, el capitán de policía de Edentown. Alto, atractivo... Amanda también se fijó en él. Lo vieron acercarse a la barra y mirar a los clientes de la cafetería, como si estuviera buscando a alguien. Se fijó en uno de los dos hermanos morenos.

—Richard, las carreteras están cortadas hasta nuevo aviso —le informó acercándose a su mesa—. No podrás salir de Edentown, por lo menos hoy. Acabamos de señalizarlo ahora.

El aludido asintió sintiendo una especie de alivio.

Amanda frunció el ceño al escuchar al policía. ¿Quedarse allí? Tenía reserva en Vermont. Se levantó dejando a Carolyn junto a su mesa y se acercó al guapo policía.

—Disculpe, ¿y no sabe cuándo volverán a abrir?

—No, señorita, acabamos de cerrar la salida de Edentown —le respondió serio—. Teniendo en cuenta las horas y que está previsto que nieve toda la noche, es probable que tenga que quedarse en Edentown dos noches por lo menos.

¿Dos noches? Eso no estaba en sus planes. Si estaba dos noches allí, llegaría a Vermont solo con tres días para contagiarse de su espíritu navideño y poder celebrar la Navidad que se había propuesto.

Con el ceño fruncido llegó a su mesa donde Carolyn la esperaba con el teléfono móvil en la mano.

—¿Necesitas reservar habitación?

Amanda la miró confundida. ¿Habitación? Claro.

—Sí, disculpa —le dijo a Carolyn—. El hombre de la gasolinera...

—Dexter.

—Dexter me dijo que había un hotel hacia la izquierda.

—Sí, este es el teléfono —le tendió su móvil donde se veía el número escrito.

Amanda cogió su propio teléfono y llamó. También tendría que anular la reserva de esas dos primeras noches en Vermont. No le gustaba que los planes le cambiaran de repente, y más cuando lo tenía todo programado de una manera tan perfecta.

—Avisaré a Lacey de que te quedas en casa —le dijo Mike a su hermano con una sonrisa—. Lo siento por ti, hermanito. Tu ático y alguna de tus amigas tendrán que esperar.

Richard negó con la cabeza.

—No quiero molestar. Me quedaré en el hotel. Alice es muy pequeña y Lacey tendrá que descansar.

—Lacey se enfadará si vuelvo sin ti sabiendo que estás en Edentown.

—Dile que te he amenazado con regalarle a Alice otro conejo de peluche gigante. No te preocupes, dormiré en el hotel, pero pienso estar con mi sobrina a todas horas. Ya que me quedo, pienso disfrutarlo.

Amanda respiró más tranquila cuando reservó la habitación en el hotel de Edentown y aplazó la llegada al hotel de Vermont. Se

levantó para pagar su consumición cuando vio entrar a una joven morena y airada señalando al policía con su dedo índice.

—James, no es posible que no se pueda salir de Edentown. Haz algo —le dijo antes de poner los brazos en jarras.

Amanda no supo identificar su acento.

—No puedo hacer nada —le respondió el policía levantando las manos en señal de rendición.

Un joven muy guapo entró tras la mujer morena con un niño pequeño en brazos.

—James, perdona, hemos hecho tarde para salir hacia el aeropuerto...

Una joven rubia con un rostro perfecto entró en la cafetería. Llevaba un serio traje de chaqueta y tenía una carpeta entre las manos.

—¿Peter? ¿Isabella? ¿Qué hacéis aquí? Creía que estaríais ya de camino a coger el avión hacia Italia —le hizo una carantoña al bebé mientras le sonreía con cariño y le daba un beso en la mejilla regordeta.

—Hola, Jane —la saludó el joven—. Se nos ha hecho un poco tarde. Pietro no tenía ganas de comer... Es una larga historia... No parece que podamos salir de viaje.

—No saldremos de viaje hoy, pero yo voy a pasar la Navidad con mi familia —exclamó Isabella visiblemente molesta—. Pietro quiere ver a su tío y sus primos.

Peter Muldoon sonrió a su mujer. Pietro era demasiado pequeño para saber lo que quería. Bastante tenía con avisar cuando quería comer y ellos con entender sus señales cuando no quería.

—Pietro solo quiere comerse la jirafa de juguete, cariño. Habla con tu hermano, lo comprenderá.

Isabella lo miró con sus oscuros ojos entrecerrados.

—Soy yo la que no lo comprende, Peter —miró al policía—. James, haz algo.

James miró a Peter incómodo.

Isabella resopló antes de salir airada.

—Disculpa, James —le dijo Peter al policía—. Isabella está un poco sensible estos días... Navidad, familia... ya sabes.

Salió detrás de su mujer mientras el pequeño despedía con su manita a la bonita rubia.

Amanda esperó paciente a que le cobraran. Por lo visto no era la única a la que los planes le habían cambiado.

La joven rubia se sentó en uno de los taburetes altos con un suspiro antes de mirar a Carolyn.

—Mientras la nieva no nos impida celebrar la feria...

Amanda la miró directamente.

—¿Hay aquí una feria? ¿De esas de Navidad?

—Sí —le sonrió Jane Muldoon dándole un folleto con las actividades preparadas—. Puedes hacer tu propia guirnalda, decorar tu galleta de jengibre, tomar un ponche espectacular o comprar los últimos regalos. También hay chocolate caliente, y Santa aparece cuando menos te lo esperas.

Carolyn sonrió al escucharla y miró a Amanda.

—Jane la ha organizado. Verás cómo te gusta —le dijo con seguridad.

Amanda sonrió convencida. Las cosas parecían que se iban arreglando.



Amanda estaba esperando a que le atendieran en la recepción del acogedor hotel cuando vio entrar a uno de los hermanos que había visto en la cafetería.

Richard vio frente al mostrador a la joven bonita que había visto minutos antes. Por lo menos ella llevaba maletas, pensó. Él tendría que ir a comprarse algo de ropa para esos dos días hasta que abrieran las carreteras y pudiera volver a casa. Se acercó con una sonrisa.

Una joven con la camisa blanca remangada hasta los codos, ligeramente mojada y despeinada salió de una de las puertas próximas a la recepción.

—Disculpen un momento, por favor —les pidió nerviosa y ligeramente avergonzada—. Hemos tenido un contratiempo en la cocina.

—¿Has llamado al seguro? —le preguntó Amanda con seguridad.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Richard a la vez.

La joven no sabía qué contestar y les abrió la puerta por la que había entrado por si querían seguirla.

—He llamado, pero no me contestan —le explicó a Amanda mientras Richard se les adelantaba.

—¿Dónde tienes la póliza?

—Es que soy nueva aquí —se justificó la joven de cabello oscuro dándole la documentación que debía pertenecer al seguro.

Dejando atrás el acogedor y vacío comedor, atravesaron otra puerta para llegar a la cocina que tenía el suelo cubierto de agua por una grieta que había empezado a abrirse entre las baldosas de la pared.

—¿Habéis avisado a Nick y Laurel? —les preguntó Richard.

—Sí, pero no cogen el teléfono —les explicó un chico de color, también remangado y casi totalmente mojado mientras dos chicos más recogían con fregonas el agua que iba llegando al suelo—. Estarán distraídos con su bebé.

Richard asintió comprensivo. Supuso que él también estaría a todas horas contemplando a su hija si la tuviera.

—Cortad el agua —les ordenó mientras sacaba su móvil del bolsillo—. ¿Se sabe algo del seguro?

Miró a Amanda, que estaba hablando enérgica por teléfono, mientras recitaba frases que leía en la documentación que la joven recepcionista le había dado.

Richard llamó a Cameron Lawrence, que gestionaba una empresa de reformas en Edentown. El tener a su hermano allí viviendo y las recomendaciones entre todos sus conocidos le había dado la oportunidad de llevar los asuntos legales de algunos de ellos, y, por lo tanto, conocerlos y saber a qué se dedicaban.

Recordó que había sido él, antes que su hermano se instalara allí, el que había llegado a Edentown para tramitar los papeles del divorcio de la que había pasado a ser propietaria del hotel.

—Ya está —colgó Amanda—. Puedes mandar que lo arreglen y luego girarles la factura —le dio el teléfono a la recepcionista.

La joven asintió.

—Muchas gracias. No conseguía que me atendieran. Llamaré a...

—He llamado a Cameron —la interrumpió Richard—. No creo que tarde.

La joven asintió emocionada y agobiada a partes iguales.

—Eh... querían una habitación... disculpen... —les dijo azorada—. Puedo dársela ya mismo.

Se recogió los mechones sueltos de su corta melena detrás de las orejas y suspiró ligeramente aliviada. Richard y Amanda la siguieron compartiendo una sonrisa por el tenso momento.

—¿Eres abogada? —le preguntó con curiosidad.

Amanda le sonrió. Guapo, amable y soltero, pensó por unos segundos. Se había fijado en que no tenía alianza en el dedo y estaba hablando con ella sin necesidad de hacerlo.

—No —le respondió—. Amanda Kerr, agente de seguros.

—Oh, vaya... Richard O’Roarke, yo sí soy abogado —le contestó—. Por tu manera de hablar con la aseguradora creí que tú también lo eras.

—Pues no, no lo soy, y me da la impresión de que no tienes muy buen concepto de los agentes de seguros.

Richard sonrió, ligeramente avergonzado.

—Bueno, he tenido que reclamar unas cuantas veces a diferentes compañías aseguradoras.

—Eso está bien —le respondió Amanda—. Hay que obligar a que las compañías cumplan con su palabra y más si está escrita.

—Ya..., pero lo no escrito y que se da por hecho...

Amanda entrecerró los ojos.

—Ahí está el problema, abogado... en lo que se da por hecho.

Richard hizo una mueca divertida mientras llegaban al mostrador donde estaban las dos maletas de Amanda.

—¿Señor y señora...? ¿Tenían reserva?

—Oh, vamos por separado —le explicó Amanda.

—Disculpen, creí... —se sonrojó, mirando el listado de clientes—. Entonces supongo que son a los que pilló el temporal. ¿Señora Kerr y señor O’Roarke?

Los dos asintieron mientras la joven buscaba las llaves. La puerta se abrió y entró una pareja joven con un bebé en brazos.

—Buenas tardes, disculpen las molestias —les saludó la mujer con el bebé pasando al otro lado del mostrador mientras el hombre

entraba por la puerta hacia la cocina, casi sin reparar en ellos—. ¿Qué ha pasado? Ah, hola, Richard ¿vas a hospedarte aquí? ¿Lo sabe tu hermano?

—La señora Kerr habló con el seguro —le explicó la recepcionista a su jefa.

Laurel Harding sonrió agradecida a Amanda mientras se desabrochaba su abrigo, a la vez que acunaba a la pequeña que parecía haberse despertado.

—¿De verdad? Muchas gracias —le dijo con una sonrisa aliviada—. Soy Laurel Harding, copropietaria del hotel.

—Amanda...

—Es agente de seguros, jugaba con ventaja —le comentó Richard.

—Entonces tenemos que hablar —le pidió Laurel, realmente interesada.

—Se queda dos noches —le explicó la recepcionista dándole la llave a Amanda.

—Pues si no le importa mañana la llamo —le comentó Laurel aliviada—. Y, las habitaciones corren por nuestra cuenta.

—No es... —comentaron Amanda y Richard a la vez.

—No hay más que hablar al respecto —les dijo tajante—. No sé si podremos abrir la cocina...

—Llamé a Cameron —le explicó Richard—. Lo solucionará rápido ¿Qué tal Becky? —miró a la pequeñita de grandes ojos claros.

—Ay!!! Pues si durmiera un poquito más sería ideal, pero no me puedo quejar tampoco —sonrió mirando llena de amor a su pequeña hija—. Creo que Lacey ha tenido un poco más de suerte en ese sentido.

Richard sonrió orgulloso de su sobrina, mientras la recepcionista le daba la llave a él.

—Iré a ver qué ha ocurrido en la cocina —les informó Laurel—. Avisadnos si necesitáis algo.

Laurel desapareció tras la puerta por la que su marido también lo había hecho.

Amanda y Richard se miraron y se sonrieron. Amanda pudo apreciar que la proximidad aumentaba el atractivo del desconocido.

Richard se percató de la pequeña cicatriz que tenía la joven junto a uno de sus brillantes ojos. Esa mujer además de bonita, le parecía simpática pese a ser agente de seguros, pensó dejándose llevar por sus prejuicios contra las compañías aseguradoras.

—¿Has venido a pasar unos días?

—No —le respondió ella mientras tiraba de sus maletas con ruedas—. Lo cierto es que me detuve pensando en que dejaría de nevar, pero me equivoqué y tendré que pasar aquí el temporal por lo que han dicho en la cafetería.

Los dos se miraron conscientes de que ambos sabían que habían coincidido allí y que ninguno había pasado desapercibido para el otro.

—¿Vacaciones de Navidad? —le preguntó Richard con interés, caminando a su lado hasta el ascensor.

—Sí —le contestó ella—. Iba hacia Vermont, pero parece que tardaré en llegar un par de días.

—¿Te esperaba alguien? —Amanda lo miró enarcando una ceja—. Perdona. Estoy acostumbrado a hacer preguntas. Ya te he dicho que soy abogado. No pretendía interrogarte.

—No, no me espera nadie —le respondió, halagada por su interés—. Realmente quería pasar unas típicas navidades tradicionales y había elegido Vermont como destino.

—¿Y la familia? ¿No está incluida en unas navidades típicas?

—Mi familia las celebra en Hawái —le explicó con una sonrisa—. Yo quería nieve, frío y bastones de caramelo.

—Bueno, pues como suele decirse «ten cuidado lo que deseas que puede hacerse realidad». Quizá encuentres aquí lo que buscabas en Vermont.

Amanda se encogió de hombros entrando con él en el ascensor. Sus dos enormes maletas ocupaban bastante espacio.

—Pues no lo sé, pero en cuanto deje el equipaje supongo que saldré a ver qué me encuentro. Una chica me ha dado esto —le enseñó el folleto— en la cafetería. Aquí también se celebra una feria, incluso un festival de canciones navideñas la noche del veinticuatro.

—Si quieres podemos salir juntos —le propuso él siguiendo un impulso—. Solo tengo que cambiar la batería del móvil y estoy a tu

disposición.

Amanda se sonrojó. Eso sonaba a una cita. Inesperada, pero una cita, al fin y al cabo. Se encogió de hombros. No tenía nada mejor que hacer.

—¿No has quedado con tu hermano?

Richard sonrió. Quería pensar que era una confirmación de que ella también se había fijado en él en la cafetería y no solo había escuchado a Laurel preguntar por él.

—Mike tiene que trabajar. Luego iré a su casa, pero hasta entonces, tengo que comprar algunas cosas para estos días, y puedo enseñarte Edentown al mismo tiempo.

Salieron al pasillo. Las habitaciones eran contiguas.

—De acuerdo —aceptó Amanda—. ¿Nos vemos en cinco minutos?

No pensaba sacar de la maleta más que lo imprescindible para que no se arrugara. Y evaluando de manera rápida la situación, no corría ningún riesgo por pasar la tarde con un desconocido tan guapo. Probablemente haría más agradable esa primera tarde en ese pueblo que no conocía.



Cuando Amanda bajó a la recepción vio a Richard esperándola con las manos en los bolsillos de sus vaqueros de color oscuro. Tuvo que reconocer que era realmente atractivo. Hacía mucho tiempo que no incluía en su *visión board* las relaciones de pareja y, ya que tenía previsto prepararlo durante esos días, se planteó la posibilidad de incluirlas, igual que el visitar Edentown en verano.

Las pocas relaciones que había tenido habían acabado por la falta de interés de ella. Le gustaba su trabajo. Cada día era diferente y nunca sabía qué sorpresas le podía deparar, a qué desafíos podría enfrentarse o incluso a quién reclamaría algún tipo de cumplimiento, lo que hacía que se le disparara la adrenalina.

Sus padres, más de una vez, le habían aconsejado que se formara como abogada, pero la realidad era que no le apetecía volver a la universidad ni trabajar para un bufete a las órdenes de nadie.

Ella era feliz proveyendo a las personas de pólizas de seguros y exigiendo el cumplimiento de ellas en caso de que alguna compañía tratara de no responsabilizarse por lo que prometía que cubría. Incluso estaba pensando en independizarse totalmente y montarse su propia correduría de seguros. Tenía una amplia cartera de clientes que, sin duda, confiaban en ella. Quizá el año próximo fuera el perfecto para ello.

Tener pareja era algo que alguna vez echaba en falta, pero no tanto como para centrarse en ello. Algo en su interior esperaba que apareciera de repente, sin esperarlo, sin tener que planificarlo en sus propósitos de Año Nuevo.

Quería una persona con la que se pudiera hablar, que comprendiera su ambición, sus deseos de mejorar el mundo, con fuerte compromiso social, con sentido del humor, y que la hiciera sentirse amada. Alguien con quien sentir que podía caminar de la mano en la misma dirección. Quizá era pedir demasiado, pero no quería conformarse con menos.

Richard sonrió al verla acercarse a él con una sonrisa tan natural y bonita. Su corazón dio un vuelco ante esa imagen. Iba hacia él, sin su cochazo, ni su ático, ni su cartera de acaudalados clientes. Solo hacia él, que estaba con las manos en los bolsillos.

—¿Por dónde empezamos? —le preguntó Amanda.

Él seguía mirándola sorprendido. Se sentía fuera de lugar. Lo normal hubiera sido invitarla a cenar a un restaurante caro y luego acabar la velada con una copa de champán en su lujoso ático con vistas a Manhattan.

—Pues... de camino a la plaza donde está la feria, hay una tienda de ropa que debo visitar...

—Perfecto —le sonrió Amanda dirigiéndose hacia la puerta.

Salieron relajados. Seguía nevando, aunque con menos intensidad. Los copos de nieve se derretían al posarse sobre ellos.

—Bueno, si hoy no llegamos a la feria porque sigue nevando o la han cerrado, prometo acompañarte mañana.

—De acuerdo —aceptó Amanda—. Pero no quiero quitarte tiempo para estar con tu familia.

—No te preocupes por eso —le sonrió—. No les importará que me despegue un poco —le confesó—. Parece que últimamente no

puedo salir de aquí...

—Eso es que estás bien en Edentown.

—Pues curiosamente, sí... Y el caso es que me encanta mi vida en Nueva York, mi trabajo... —no quiso presumir de apartamento—, pero cuando llego aquí, parece que las prioridades cambian, y solo quiero ayudar a la gente, sonreír, estar con mi sobrina...

—Bueno, siendo abogado, diría que ayudas a la gente igualmente ¿no? Estés donde estés.

—Supongo que sí, pero es como si aquí se activara esa mejor versión que se supone que todos llevamos dentro... no sé... imaginaciones mías, supongo... o estas fechas que me hacen pensar más en la familia o en este tipo de cosas.

Amanda lo miró extrañada. Ella no pensaba especialmente en su familia. Cada uno llevaba su vida, y cada cierto tiempo sus hermanos y ella iban de visita a ver a sus padres, que disfrutaban del sol y del mar en su casa de la playa.

—Tienes una conexión fuerte con este lugar.

—Pues no lo sé... ¿Te has fijado en el lago? Cuando no está nevado es genial sentarse a mirarlo... y luego conoces a las personas, te caen bien, empiezan a formar parte de tu vida y solo quieres contribuir... No sé si es algo contagioso en Edentown, ten cuidado.

—Me arriesgaré —le respondió risueña sin perderse detalle de lo que él comentaba mientras pasaban por bonitos escaparates decorados con grandes guirnaldas y lazos de color rojo.

Entraron en la primera tienda de ropa que vieron. Richard fue directo a por ropa interior, un par de jerséis y otro pantalón vaquero, mientras Amanda observaba con curiosidad las prendas a la venta.

—Hay cosas bonitas —le comentó pasando la mano por una chaqueta de cachemira en color crudo—. ¿No vas a probarte lo que has elegido?

Richard se encogió de hombros.

—No... Son cosas básicas. Es difícil que sienten mal —comentó.

Amanda asintió divertida. Con ese cuerpo no le extrañaba que cualquier cosa le sentara bien. Por lo menos había sido rápido con la compra. Ella, sin duda, hubiera tardado bastante más. Se arrepintió de haber elegido tan bien la ropa de su maleta, porque no

tenía excusa para comprarse algo más, y ella no solía dejarse llevar por impulsos.

Siguieron su paseo hasta la plaza, pero Richard se detuvo frente al llamativo escaparate de una tienda de regalos.

—Creo que Alice tiene de todo... —comentó fijándose en las diferentes sugerencias que se exponían.

Tazas, huchas, bufandas, collares, muñecos...

—Son las primeras navidades de mi sobrina—le explicó orgulloso—. No sé qué me ocurre que solo pienso en regalarle cosas... Mi cuñada ya me ha prohibido que le compre algo más hasta que cumpla cinco años.

Sonó su teléfono móvil y sonrió a Lacey.

—Parece que hubiera adivinado que estaba frente a este escaparate... ¡Hola, Lacey! Sí, me he quedado en Edentown por el temporal —le explicó ante la mirada disimulada de Amanda—. No te preocupes, tengo habitación en el hotel. ¿Cenar esta noche? —miró a Amanda—. No es necesario... tengo una cita...

Amanda le sonrió divertida.

—De acuerdo, iremos al *Salt and Pepper* —le respondió guiñándole el ojo a Amanda antes de colgar.

—¿Tu cuñada?

—Sí —le sonrió—. Invitándome a cenar...

—Por mí no te prives...

—No, no —le respondió con una sonrisa mientras seguían andando—. Ya he comido con ellos, y sí, me encanta estar con mi sobrina, pero ¿cuántas oportunidades tengo de invitarte a cenar en uno de los mejores restaurantes de Edentown?

Amanda se sintió extrañamente conmovida. ¿Quería invitarla a cenar? No parecía que fuera el típico mujeriego que intenta seducir a cualquier mujer. Más bien daba la impresión de que a él las mujeres se le ponían en bandeja.

—Bueno, pero pagamos a medias...

—No —insistió él—. Hoy te invito yo. Si quieres, tú me invitas mañana. Total, tenemos que estar aquí un par de días...

Amanda asintió. Iba a decir algo cuando se quedó boquiabierta al ver la bonita plaza llena de pequeños puestos de madera, en torno a un enorme árbol de Navidad, todo decorado con pequeñas

lucecitas y coloridos adornos navideños. La nieve le daba un aspecto aún más encantador, y el olor a chocolate recién hecho se mezclaba con las sonrisas de los paseantes y con las canciones tradicionales que se oían tenues en los altavoces.

—Vaya...

—Esto era lo que buscabas ¿no?

Amanda lo miró con los ojos brillantes.

—Dime que también hay pista de hielo.

Richard asintió.

—Justo al final de la feria —le señaló hacia su derecha.

—Madre mía... —exclamó Amanda sacando su móvil y haciendo unas fotos—. Qué bonito es todo...

—Y en cualquier momento puede aparecer Santa y hacer realidad tus sueños —le señaló al hombre disfrazado que repartía bastones de caramelo.

Amanda se rio.

—Lo único que me quedaba por cumplir este año eran las fiestas navideñas...

—Ah, sí, con nieve y sin familia.

Amanda le hizo una mueca divertida.

—Lo que quiero decir es que ya se han cumplido todos mis deseos.

—¿Sí? —le preguntó extrañado—. ¿Tenías pocos?

Amanda se encogió de hombros.

—Cada año recorto y pego unas imágenes en una cartulina para estar enfocada en lo que quiero conseguir. Este año lo he cumplido todo.

Richard lo miró extrañado.

—¿Qué haces qué?

—Un *vision board*, ¿no has oído hablar de ello? Un tablero de sueños...

Richard se encogió de hombros.

—¿Y si no se cumple?

—¿Y por qué no iba a cumplirse si depende de mí?

Richard la miró serio. Realmente él había conseguido todo lo que con el tiempo se había ido planteando. Su trabajo en el bufete, su coche elegante, su ático de lujo...

—¿Y si cuando consigues todo lo que querías te das cuenta de que te falta algo?

Amanda le sonrió.

—Pues lo apuntas en el *vision board* del año siguiente.

Richard se quedó pensativo. No sabía exactamente qué era lo que le faltaba... tenía una sensación agrisada, cómo si tuviera que elegir entre su vida en Nueva York y estar con su sobrina y cerca de su hermano.

—Parece demasiado mental y organizado...

—¿Y qué tiene de malo?

—Da la impresión de que no das la oportunidad a que el corazón tome sus propias decisiones llegado el momento.

—No creo que el corazón tome decisiones —le sonrió divertida—. Las toma la mente.

—¿Y si no son compatibles unas decisiones con otras?

—Entonces sí, escuchas al corazón. Pero, aun así, tú puedes hacer que sean compatibles —le explicó con confianza Amanda.

—¿Cómo?

Amanda lo miró extrañada mientras dejaban a un lado un buzón enorme para las cartas para Santa Claus, y empezaban a pasear entre los diferentes puestecitos de la feria.

—No sé exactamente a qué te refieres...

—Imagina que quieres triunfar en tu trabajo... pero también quieres una familia... y el trabajo requiere muchas horas...

Amanda lo miró decepcionada. Quizá tenía novia y se estaba planteando dar un paso más en la relación. Se acercó a un puesto de joyas artesanales. Eran realmente preciosas.

—A veces hay que elegir.

—¿Y no se puede tener todo?

Amanda se encogió de hombros mientras cambiaban de puesto.

—Hay quien dice que sí... Yo no lo sé. Aún no he estado en ese punto. Sé lo que quiero y lo consigo.

—No tienes pareja, ¿no?

Amanda se sonrojó mientras negaba con la cabeza quitándole importancia al asunto. Se fijó en las gruesas bufandas y los gorros de lana suave que un par de amigas parecían tejer en sus ratos

libres. Las dos sonreían a los paseantes y los saludaban con aprecio sin perderse ningún detalle.

—Si el trabajo te exige dedicación y la pareja también, tú dirás cómo se hace —le comentó Richard por propia experiencia.

—Quizá tu pareja tenga que comprender tu trabajo o tú equilibrar tu vida. ¿Quieres a tu pareja?

Por eso ella aún no se había planteado salir con nadie, se confirmó a sí misma.

—Hablo en general —le respondió Richard pensativo—. Ahora mismo no estoy con nadie, por esta falta de tiempo que te he comentado.

—Sé a lo que te refieres —le aseguró Amanda—. Yo creo que por eso nunca incluyo una pareja en mis objetivos...

—¿Y si alguna aparece?

Amanda frunció el ceño, pensativa.

—No aparecen muchas... y no me deben gustar lo suficiente porque no me planteo elegir...

Llegaron hasta la pista de hielo que estaba cerrada por la nieve acumulada.

—Vaya... —murmuró Amanda desilusionada—. Me hubiera gustado patinar...

—Podemos probar mañana.

—Supongo que sí —decidió ella con una sonrisa mientras la nieve empezaba a caer con más insistencia.

Al mirar hacia la feria vieron cómo muchos de los puestos empezaban a cerrar.

—Creo que esto acaba por hoy —le comentó Richard—. Vayamos a cenar al *Salt and Pepper* y volvemos mañana. Aún no has hecho la corona de Navidad, ni tomado el ponche de los hermanos O'Brien, ni hablado con Santa.

Amanda asintió convencida. En ningún momento había esperado estar acompañada de un hombre tan guapo y atractivo, visitando una feria en un lugar que no fuera Vermont. Supuso que esa era una de las sorpresas que la vida te daba de vez en cuando y te hacían sonreír o sentirte afortunada.



A la mañana siguiente, Amanda se levantó satisfecha. Había dormido muy bien y, después de avisar a sus padres de su cambio de planes, recordó cuánto había disfrutado la tarde anterior, incluida la cena tras la cual volvieron al hotel mientras la nieve dificultaba sus pasos.

Se levantó emocionada porque ya preveía la cantidad de nieve que habría en el exterior. Se asomó a la ventana. No se equivocaba. El jardín trasero, que era lo que veía desde allí, estaba cubierto de una imaculada capa blanca. Hizo una foto con el móvil para inmortalizar la imagen. Seguro que podría hacer un muñeco de nieve. Pensó en Richard. Habían quedado en verse a la hora del desayuno, así que, ilusionada por lo que el día le iba a deparar, fue a ducharse.

Después de un copioso desayuno compartido con Richard, entre sonrisas, y sin dejar de intercambiar impresiones y comentarios sobre sus absorbentes trabajos se dispusieron a salir. Uno de los empleados estaba quitando la nieve que había tras la puerta con una pala.

—Wow! —exclamó Amanda al verse rodeados de nieve. Nunca había imaginado algo así—. Todo está precioso.

Richard miró hacia la carretera y pensó en su hermano que vivía en el bosque.

—Sí, bueno... —cogió su teléfono móvil y le llamó—. Mike, ¿estáis bien? Por aquí está todo sitiado...

Amanda lo observó atenta. Un hombre guapo y familiar, pensó sorprendida ante la admiración que sentía. No recordaba sentir algo parecido por un hombre desde hacía mucho tiempo.

Se fijó en que una máquina quitanieves iba lentamente retirando la nieve de la carretera, pero las aceras estaban cubiertas de nieve que llegaba hasta casi hasta las rodillas.

Richard también se fijó en Dexter y colgó a su hermano antes de intentar a duras penas, dirigirse hacia él.

—Dexter, no tendrás una pala... —le preguntó.

Dexter asintió. Paró y le dio una de las que llevaba en el asiento del copiloto.

—¿Tenéis suficientes en el hotel? Quédate otra por si acaso —le dijo—. Supongo que en la ferretería habrán sacado todo el

inventario, pero lo complicado será llegar hasta allí.

Richard asintió cogiendo las dos y agradeciéndoselo.

—Si puedo echarte una mano, dímelo —le pidió.

Dexter asintió mirando toda la nieve a su alrededor.

—Creo que puedes empezar por donde quieras.

Richard le sonrió asintiendo.

—Ten cuidado —le recomendó Dexter continuando con su camino.

Richard se acercó hasta la puerta donde estaba el empleado del hotel y Amanda.

—Bueno, hoy no creo que abran la feria, por lo menos, por la mañana —le sonrió—. Pero ¿no querías nieve?

Amanda asintió divertida mientras le cogía una de las palas.

—Vamos a entrar en calor —Richard le guiñó el ojo, atractivo—. Supongo que esto no entraría en tus planes, pero a veces ocurren imprevistos...

Amanda, con una sonrisa, imitó a Richard con la pala. La tarea era más dura de lo que en principio parecía, o, por lo menos a ella se lo parecía. No tardó en entrar en calor, pero los brazos empezaron a acusar el esfuerzo físico enseguida.

Richard la miraba de reojo con frecuencia, insistiéndole en que no fuera tan rápido ni cogiera tanta nieve, algo que ella acabó acatando porque el cuerpo no le respondía de otra manera.

Cuando retiraron suficiente nieve de la entrada, Richard le cogió la pala.

—¿Te vienes conmigo o prefieres quedarte?

Amanda titubeó. Quería hacer un muñeco de nieve, pero supuso que sola no tendría tanta gracia como hacerlo con él.

—Voy hacia casa de mi hermano —le explicó—. No hay ningún problema, pero vive en el bosque...

Estaba deseando que dijera que le acompañaba. Se sentía muy bien a su lado, aunque también comprendería que no quisiera hacerlo.

—Bueno... nunca he visto un bosque nevado...

Richard asintió agradecido. La cogió de la mano en cuanto empezaron a caminar para no perder el equilibrio entre la nieve.

—Creo que evitaremos las aceras —comentó Richard—. Seguiremos el camino que ha abierto Dexter.

Amanda se dejó llevar consciente del calor que irradiaba su mano. La fuerza, la seguridad que recibía a través de ella. Empezaron a caminar. Eso quería, pensó. Ni más, ni menos. Alguien con quien caminar a la par.

Fueron paseando con las palas, e incluso se pararon frente a varias puertas ayudando a algunos vecinos a retirar la nieve. Amanda, de vez en cuando miraba a Richard de reojo. La seguridad en sí mismo, en lo que hacía, le resultaba atractiva. Siguieron caminando hacia la plaza.

—Un momento... —murmuró Amanda—. ¿Ese es Dan Sullivan? ¿El jugador de beisbol?

Richard miró hacia el hombre que estaba organizando a varios adolescentes para limpiar la nieve de alrededor de la plaza.

—Vive aquí —le explicó sin darle mayor importancia—. Es entrenador del equipo de beisbol del instituto. Supongo que esos serán los chicos de su equipo.

Amanda asintió sin dejar de mirarlo. Era más guapo y alto en persona que en la televisión o las revistas. Richard la miró con el ceño fruncido. ¿Por qué lo miraba así?

—Eh... y esos son... claro —exclamó señalando a la pareja que caminaba entre resbalones y sonrisas—. Me parecían conocidos, pero no sabía de qué. Anoche cuando cenamos en el Salt and Pepper...

—¿Owen y Carolyn? El concurso nacional de cupcakes... Sí —afirmó olvidándose de Dan—. Viven aquí. Van a abrir una empresa en las afueras. Una fábrica de galletas.

—Vaya... No me extraña —comentó mientras seguían caminando cogidos de la mano—. Ayer probé un *cupacke*. Estaba buenísimo. Seguro que las galletas también lo están.

Richard asintió.

Cuando se adentraron en el bosque, Amanda se detuvo para hacer fotos. La carretera estaba más o menos despejada, pero a los lados, la nieve lucía inmaculada sobre las piedras y los ramajes de los árboles.

—Esto en verano tiene que ser precioso —comentó mirando a su alrededor.

—Este camino es el que lleva a casa de mi hermano —le comentó girando a la derecha.

Empezó a retirar la nieve con la pala, y Amanda lo imitó a un ritmo mucho más lento.

—Vamos a quitar solo lo necesario —comentó Richard mientras la veía retirar nieve con ahínco.

Le hizo gracia ver la determinación en su rostro, la seriedad, una decisión firme y las mejillas sonrojadas por el frío. Demasiado concentrada, pensó divertido cogiendo un puñado de nieve en una mano y lanzárselo hacia la espalda.

Amanda se sorprendió por el impacto, pero cuando se giró, vio a Richard quitando nieve con la pala. Extrañada volvió a su quehacer cuando de repente sintió otro golpe. Volvió a mirar a Richard que parecía distraído con la pala. Miró hacia arriba. Quizá la rama de algún árbol... Otro impacto.

Richard no pudo evitar reírse. Amanda le miró con los ojos entornados.

—¿Estás buscando pelea?

Richard se echó a reír mientras cogía otra bola de nieve y se la arrojaba sin piedad dándole en el pecho y haciendo que le salpicara en el rostro. Amanda aceptó el desafío y se defendió y atacó entre sonrisas mientras trataban a duras penas de moverse entre tanta nieve.

Ambos tenían los ojos brillantes, la sonrisa radiante y la ilusión de cuando eran niños. Richard fue acercándose a ella exponiéndose a más impactos. La rodeó entre sus brazos.

—¿Te rindes?

Amanda sintió su calidez, su pulso acelerado, la emoción de tenerlo tan cerca.

—¿Yo? Ni hablar. Esa palabra no figura en mi diccionario.

Richard con una sonrisa besó sus fríos labios. Amanda aceptó y participó en el beso divertida.

—Chicos, eso no es muérdago —escucharon a sus espaldas—. Es simplemente un roble... No sé cómo lo podéis haber confundido.

Los dos jóvenes se miraron a los ojos divertidos antes de fijarse en el árbol bajo el que estaban y mirar al joven que los había interrumpido.

—No sé cómo he podido equivocarme—comentó Richard divertido—. Mike, esta es Amanda Kerr. Amanda, mi hermano Mike, que supongo que nos invitará a comer.

—Por supuesto —les dijo el joven tendiéndole la mano a la desconocida—. ¿Ayer no estabas tú en la cafetería de Carolyn?

Amanda asintió. Mike miró a Richard. Ya se había dado cuenta entonces de que su hermano se había fijado en ella. Bueno, no iba a juzgarle, pensó. La chica, por lo menos, parecía más normal que las mujeres con las que había visto a su hermano otras veces, que siempre parecían modelos de revistas.

—Id hacia casa a cambiaros de ropa si queréis —les dijo—. Si habéis podido quitar la nieve hasta aquí, me acercaré a ver si Keith y Megan necesitan algo. Tenemos problemas con la cobertura del móvil.

Amanda miró a Richard para saber su opinión. Richard negó con la cabeza.

—Vamos hacia allí, entre tres, lo haremos antes.

Fueron retirando la nieve, solo lo necesario para hacer un pequeño camino y llegaron hasta una bonita casa con un columpio en el espacioso porche.

En lo que debía ser el jardín, cubierto con una gruesa capa blanca, un hombre con anorak oscuro hacía un enorme muñeco de nieve con dos niños que no paraban de reír.

—Keith, veo que estáis bien —le sonrió Mike acercándose con dificultad.

Keith Logan se giró con una sonrisa.

—Claro que sí, esto es solo nieve —les saludó—. Pasad a tomar algo, Megan está dentro con los pequeños.

—No queremos molestar —le respondió Mike divertido al verlos jugar—. Solo quería asegurarme.

—No es molestia... —le respondió Keith—. Un café os hará entrar en calor, y Megan acaba de sacar un bizcocho del horno. Vamos —les dijo yendo hacia ellos para ir juntos hasta la puerta de

la casa—. Tengo que coger una bufanda y un gorro para este muñeco.

Dejaron a los niños jugando en la nieve y entraron al acogedor hogar donde crepitaba el fuego en la chimenea y el olor al dulce recién hecho los recibía. Un pastor alemán fue hacia ellos moviendo el rabo juguetón, mientras tres gatas levantaban la cabeza con curiosidad desde diferentes lugares del amplio salón.

—Megan, ha venido Mike con Richard y una amiga —le dijo a la mujer pelirroja que iba hacia ellos con un bebé en los brazos y otro pequeño de la mano, empezando a dar sus primeros pasos.

—Tomad un café —les invitó con una sonrisa—. Acabo de hacer un bizcocho. Os preparo un trozo para que le llevéis a Lacey, ¿qué tal está Alice?

Estuvieron más de media hora allí, mientras los niños terminaban de decorar su muñeco de nieve y tomaban el refrigerio que les ayudó a entrar en calor. Amanda sonreía ante la familiaridad con que la habían acogido. Supuso que era algo típico en los lugares pequeños.

Cuando volvieron hacia casa de Mike, una mujer menuda de cabello largo y castaño salió a recibirles con una bebé en los brazos.

Richard la saludó antes de coger a su sobrina y presentársela a Amanda.

—Amanda, mi cuñada Lacey, y mi sobrina, Alice —sonrió de oreja a oreja mientras acunaba a la pequeña.

A Amanda le llamó la atención que acunara con tanto mimo a la pequeña. Lacey enseguida le hizo sentirse cómoda en su casa.

—Así que el temporal te ha dejado en Edentown —le preguntó mientras le ayudaba a poner la mesa.

—Sí —le respondió con una sonrisa—. Iba hacia Vermont, pero no llegué.

—¿Te esperaba alguien?

—No. Solo una feria navideña y nieve y aquí he encontrado ambas cosas.

Lacey la miró y miró a Richard que sostenía en brazos a Alice.

—Parece que has encontrado mucho más.

Amanda se sonrojó al seguir su mirada y ver a Richard sonriendo tan atractivo a la pequeña.

—Oh, bueno...

Lacey se encogió de hombros.

—Yo también encontré mucho más aquí —dirigió su mirada enamorada a Mike que hablaba con su hermano desde el sofá.

—Lacey, ¿tenemos tiempo de hacer un muñeco de nieve? —le preguntó Mike mientras se asomaba a la ventana.

—¿Por qué no lo hacemos después de comer mientras Alice duerme la siesta?

Los dos hermanos asintieron con los ojos brillantes.

—Parecéis niños —les dijo Lacey divertida.

—Nos gusta jugar —le susurró Mike cariñoso abrazándola por la espalda.

Amanda los miraba con una sonrisa. Richard se le acercó.

—¿Quieres cogerla?

Amanda miró con ternura al confiado bebé que dormitaba a ratos en brazos de su tío.

—No sé si sabré —balbuceó sorprendida.

No recordaba la última vez que había cogido un bebé en brazos. La cogió como pudo de sus brazos y se fijó en sus pequeñas y perfectas manitas antes de mirar a Richard.

—Es preciosa —le susurró.

Richard asintió orgulloso, mientras un sentimiento nuevo en su interior se despertaba. Por segundos, se asustó de la imagen de Amanda con un bebé. Era una imagen real, posible, que le hizo sentirse incómodo. ¿Él sería padre alguna vez? ¿Celebraría las fiestas navideñas con su propia familia?

Amanda observó el cambio de expresión en su rostro en silencio y volvió a mirar a Alice. Por un momento se vio a sí misma con el bebé en brazos y sonrió. Quizá algún día muy lejano pensara en tener algún hijo, pensó con ternura.

A mitad de tarde y después de hacer un enorme muñeco de nieve entre los cuatro, volvieron caminando hacia la plaza.

—Me lo he pasado genial —le comentó Amanda enseñándole las fotos que había hecho del divertido momento—. Era como volver a tener ocho años.

Richard las miraba con los ojos brillantes.

—Yo también me lo he pasado muy bien —reconoció—. Envíame las fotos a mi móvil.

—Dime tu teléfono.

Richard sonrió mientras se lo decía. No se le había ocurrido pedirle el número de teléfono, porque la tenía en la habitación de al lado, pero estaba convencido de que algún día la llamaría.

—Ya está. Las tienes todas —le comentó antes de guardarlo en el bolsillo—. Me ha sorprendido tu cuñada. Parece tan frágil, pero tiene mucha fuerza.

—Y tanto, díselo a su marido... exmarido.

Amanda lo miró con curiosidad.

—Lacey llegó a Edentown huyendo de él y sus malos tratos, era un abogado muy prestigioso.

El gesto de Amanda pasó de la sorpresa a la ternura.

—Y aquí conoció a tu hermano, y la salvó de sus garras...

—No... Aquí conoció a mi hermano y cuando su marido la descubrió y vino a por ella, fue ella la que se defendió con uñas y dientes. Cuando mi hermano quiso salvarla, Lacey lo había dejado aullando de dolor. Mildred, la madre de Bronwyn, la dueña de la sala de exposiciones, le había dado para que llevara en el bolso un bote de laca con el que lo cegó y pudo defenderse.

—¿Bronwyn y ella se hicieron amigas?

—No, Bronwyn llegó después. Encontró a su madre aquí por casualidad. Lacey trabaja en la peluquería de Mildred.

—Vaya, hay quien dicen que las casualidades no existen —le comentó Amanda.

—Entonces, si eso es cierto, tú y yo nos hemos quedado sitiados en Edentown por algo.

—Porque nevaba —le sonrió.

—Oh, vamos, no puedes encontrar otra explicación menos práctica.

—Soy una mujer práctica.

Richard la miró de reojo con una sonrisa y le cogió la mano con los dedos entrelazados. Amanda lo miró consciente del calor de sus manos juntas. Ese gesto tan sencillo hacía que su corazón latiera con fuerza.

—Vayamos a la feria. Seguro que nos dará tiempo de decorar alguna galleta de jengibre.

—Y hoy te invito a cenar yo —asintió sintiéndose reconfortada a su lado.

—Hay una hamburguesería en la plaza —le sugirió—. A no ser que estés en contra de los hidratos, te diré que ponen muchas patatas fritas y una salsa barbacoa espectacular.

—Pues habrá que probarla —le sonrió divertida ante la propuesta.



A la mañana siguiente, Amanda se despertó muy pronto. Miró la hora en la pantalla del móvil. Aún faltaba más de una hora para bajar a desayunar con Richard, pero ya no podía conciliar el sueño.

Decidió levantarse y encender su ordenador portátil. Ese era un buen momento para comenzar a diseñar el *vision board* para el año que estaba a punto de comenzar, decidió.

Se sentó pensativa frente a la hoja en blanco en la que iba a plasmar sus objetivos.

La foto del lago de Edentown la tenía clara. Aumentar sus clientes también, así que buscó alguna imagen que le inspirara eso. Dudó de si incluir la posibilidad de abrir su propio negocio. Llevaba tiempo planteándose, pero no terminaba de dar el paso. Sabía que si dejaba constancia por escrito lo conseguiría, pero sentía cierto nerviosismo y no sabía por qué. Con cierta inseguridad, escogió la imagen de un despacho profesional. Ese era un reto muy importante. También reflejó el plan de aumentar sus ahorros, y sus ojos brillaron cuando pensó en plasmar la posibilidad de encontrar una pareja.

El día anterior lo había pasado muy bien con Richard. Quizá si era su propia jefa le sería más sencillo compatibilizarlo con una pareja. Recordó el beso compartido en el bosque, las sonrisas, la complicidad entre ambos... Escogió una imagen de una pareja paseando de la mano. Eso era lo que realmente quería. Un hombre con el que caminar a la par, de la mano, como compañeros de camino, como había hecho el día anterior. Quizá ese sueño podía ser real, se dijo.

Pese a no haber puesto muchos propósitos, los que había puesto le parecían retadores, algunos, incluso demasiado.

Decidió pasar el documento a una memoria externa por si se encontraba alguna copistería En Edentown para imprimirlo. No estaba segura de si quería incluir más objetivos, pero de momento, hasta que empezara el año o lo volviera a pensar, se conformaba con lo que ya había decretado en su interior.

Fue a ducharse dispuesta a disfrutar de otra jornada navideña tan perfecta como la del día anterior.

Después del succulento desayuno compartido con Richard, Amanda se quedó a hablar con Laurel mientras él iba a hablar con Megan acerca de la documentación de la empresa de galletas que se iba a abrir en la entrada del pueblo.

—Nos vemos luego —le sonrió Richard con los ojos brillantes antes de despedirse.

Amanda asintió manteniéndole la mirada.

—Pero... quizá tienes otros planes —titubeó incómoda—. No quiero molestarte. Puedo pasear sola por aquí.

—No dudo de que puedas hacerlo —le sonrió Richard—. Pero sería un honor que quisieras pasar tiempo conmigo.

Amanda se ruborizó ante el comentario y asintió al verlo salir por la puerta. Había hecho bien el incluir una pareja en sus objetivos para el año siguiente. Richard hacía que todo resultara sencillo y divertido con él. Solo iban a estar juntos unos días, pero supuso que serían suficientes para tener un buen recuerdo de esa Navidad tan especial.

—Te brillan los ojos —le comentó Laurel acercándose a ella y mirando hacia la puerta por la que había salido Richard—. ¿Os he interrumpido?

—No, no —le aseguró Amanda mirando con ternura a la niña que dormía en su carrito de paseo—. Richard tiene cosas que hacer. Ha quedado con Megan para ver la documentación de la fábrica de galletas.

Laurel asintió.

—Va a ser una buena oportunidad de trabajo para la gente de aquí —le comentó distraída.

—Supongo que es bonito ver que Edentown sigue creciendo con el paso del tiempo, o que tu hija juega en los mismos parques que tú cuando eras niña.

—Supongo que sí —le respondió yendo con ella hacia el ascensor—. Pero no lo sé. Yo no soy de aquí. Vine hace unos años. Me hospedé en el hotel, hice amistad con el dueño...

—¿Tu marido era el dueño? Qué romántico.

—No precisamente —le respondió—. Su abuelo era el dueño. Luego llegó él.

—No doy una —se disculpó Amanda.

Laurel le quitó importancia.

—Esto es muy bonito. Espero que Becky disfrute de estas calles tanto como yo. Bueno... de las calles, del lago, de la gente... A ver, hay de todo... como en todos los sitios, pero aquí se vive bien. Eres de Nueva York, ¿no?

Amanda asintió mientras la seguía a su despacho.

Después de mirar la documentación que Laurel le mostró y aceptar ser su agente de seguros, Amanda recibió la llamada de Richard para verse en la cafetería de Carolyn.

—Te reclaman —le sonrió Laurel con una sonrisa.

—Richard está en la cafetería de Carolyn —le explicó—. Pero antes necesitaba imprimir un documento. ¿Hay alguna copistería?

—Sí, junto al instituto —le comentó—, pero también te la puedo hacer aquí.

—Ah, gracias —le respondió Amanda sacando su memoria *usb* del bolsillo—. Es una costumbre que tengo cada final de año.

Laurel asintió y sonrió al ver su *vision board*.

—Muy buena costumbre —le sonrió sacando del primer cajón de su escritorio el suyo propio y enseñandoselo—. Yo también tengo el mío.

Amanda le sonrió divertida.

—¿A que es más fácil conseguir lo que quieres si sabes lo que quieres?

—Por supuesto —afirmó Laurel mientras miraba satisfecha las imágenes que había elegido para el año próximo

—. Y así no te distraes de tus objetivos.

Ambas asintieron convencidas antes de despedirse. Amanda dejó su fotocopia en la mesa de su habitación y encaminó sus pasos hacia la cita con Richard.

Cuando entró en la acogedora y abarrotada pastelería lo vio hablando con Megan, sentados a la misma mesa. No estaba segura de acercarse, pero ambos levantaron las manos en señal de saludo, invitándola a acompañarlos.

—Hola, Amanda —le saludó Megan—. Sé que has mirado con Laurel el seguro del hotel, ¿puedo hablar un momento contigo? He dejado a los niños con Keith, así que no creo que tarden en reclamarme.

Amanda asintió extrañada y se sentó en la silla libre que había junto a Richard.

—No quiero molestar —les dijo ella—. Podemos hablar cuando acabéis.

—No, ya hemos acabado —le dijo Megan—. Richard solo tenía que revisarme un contrato de compraventa. Te habrás enterado de que Carolyn va a abrir una fábrica de galletas con una tienda a la entrada del pueblo. Falta le hace, porque aquí cada vez hay más gente. El abogado que hay en la plaza se fue a pasar las navidades a Florida hace más de dos semanas. Pero quería saber si tú gestionas también seguros de locales o de responsabilidad civil...

—Sí, claro —le respondió Amanda—. ¿Necesitas un seguro para esa fábrica?

Megan elevó los ojos con un suspiro.

—Tengo dos bebés que se llevan apenas trece meses entre ellos, más dos niños más mayores que cada vez tienen más deberes. Es cierto que el tema de los seguros me da importantes ingresos, pero estoy en un momento en que debo elegir si más dinero o más tiempo con mi familia, y lo cierto es que no me hace falta pensar mucho —le explicó—. Con lo que gano con la venta y los alquileres en Edentown me doy por satisfecha, y no conocía a nadie de confianza a la que poder transferirle el tema de los seguros.

Amanda parpadeó sorprendida.

—Bueno... supongo que debo darte las gracias por considerarme alguien de confianza, pero... —sonrió incómoda— no

me conoces. A ver, soy muy responsable y...

—Laurel me ha contado cómo solucionaste lo de la avería de la cocina del hotel —le explicó—. Eres amiga de Richard, y tu sueldo dependerá de cómo gestiones los siniestros, así que, realmente si tú me garantizas también que puedo confiar en ti, pásate mañana por la inmobiliaria y te explico con más detalle los seguros que gestiono actualmente.

Amanda sonrió sin dar crédito a lo que le estaba ocurriendo.

—Creo que mañana se abren las carreteras... tenía reserva en un hotel en Vermont.

Megan la miró extrañada.

—Creí que te quedarías aquí por lo menos hasta Navidad.

—Bueno, paré por el temporal... pero aún no he cancelado totalmente lo de Vermont.

Richard la miraba con una sonrisa, divertido. Amanda parecía un libro abierto. Se le notaba confundida, sorprendida y a la vez orgullosa e ilusionada por esa confianza inesperada de alguien que apenas la conocía.

—Oh... bueno, no quiero incomodarte —le aseguró Megan—. Si no quieres llevar los seguros...

—No, no. Claro que quiero —le confirmó—. Es solo que... bueno... siempre puedo retrasar lo de Vermont un día más. Hablaré con el hotel para quedarme otra noche... Actualmente se hacen casi todas las gestiones online así que no tiene por qué haber ningún problema con los seguros.

Megan asintió.

—Eso pienso yo —le explicó Megan—. Además, para cualquier urgencia puedes contar con Cameron Lawrence. Es de total confianza. Solo prescindo de este tema porque quiero pasar más tiempo con los niños, la verdad.

Amanda asintió convencida. Su cabeza había empezado a pensar en las compañías aseguradoras con las que más trabajaba, las condiciones que ofrecían... Estaba deseando sentarse frente a su ordenador y empezar a organizar a esos nuevos clientes que acababa de incorporar a su cartera. Si vivían en Edentown, debería aprovechar para conocerlos. Quizá en vez de un día más, necesitara dos, pensó.

—Perfecto, me pasaré mañana por la mañana —aceptó cogiendo la tarjeta de visita que Megan le daba.

—Muchísimas gracias —le respondió Megan, afectuosa—. Y ahora ya os dejo solos. Me extraña que Keith no haya llamado todavía pidiendo ayuda.

La vieron salir con una sonrisa antes de mirarse entre ellos.

—Pareces sorprendida —le comentó divertido.

Amanda asintió.

—Bueno, no lo esperaba —se sinceró—. Realmente no esperaba nada de lo que está ocurriendo estos días.

—Espero que estés superando tus expectativas.

—Sí, por supuesto —reconoció—. Voy a llamar al hotel de Vermont para retrasar mi llegada un día más, pero antes confirmaré en el *Eden's Star* que sigo en mi habitación.

—Quédate aquí —Richard se sorprendió a sí mismo diciéndolo en voz alta.

No sabía por qué, pero quería que se quedara a pasar las Navidades allí. A su lado no se sentía solo, y pese a que tampoco lo estaba realmente cuando visitaba a su hermano, se había acomodado con mucha facilidad a la compañía que le proporcionaba.

Amanda parpadeó sorprendida. Estaba disfrutando mucho de su estancia. Richard le parecía una compañía inigualable. Pero nada de eso entraba en sus planes.

—No quiero acaparar todo tu tiempo.

—¿Qué tiempo? —le preguntó—. No es que no tenga nada que hacer, podría estar con mi sobrina, pero realmente estoy disfrutando contigo.

Amanda sintió como su corazón se aceleraba. Ella también estaba disfrutando en su compañía. Quizá tenía que dejarse llevar. Si las casualidades no existían y estaban allí por algo, sería cuestión de disfrutarlo, durara lo que durara, aunque no estuviera acostumbrada a cambiar sus planes o improvisar.

—Sí, bueno... podría hacerlo —comentó animada—. Aquí he encontrado lo que buscaba en Vermont. Daría igual quedarme aquí hasta Navidad.

Richard sonrió como respuesta.

—Vamos a dar un paseo por la feria y esta tarde podemos ir a la pista de patinaje, a ver si la han abierto.

Amanda asintió levantándose a la vez que él. Richard le cogió la mano en cuanto salieron a la calle. Ella pensó que podría acostumbrarse a eso. Él tenía claro que nunca se había sentido así con nadie. Se mantuvieron la mirada con una sonrisa y comenzaron a caminar hasta la plaza.

La feria estaba llena de gente disfrutando del momento, igual que ellos.

—Es bonito Edentown en esta fecha —comentó Amanda fijándose en el puesto de calcetines bordados de Navidad.

—En cualquier fecha —le confesó Richard—. Ahora está la feria, pero es un buen lugar para vivir.

—¿Te lo estás planteando? —le preguntó con curiosidad mientras se paraban frente a un puesto donde se envolvían unos paquetes de regalo.

—Chicos, tenéis que participar —les dijo Jane acercándose decidida—. Es una colecta de juguetes para los niños del hospital de la ciudad.

Ambos asintieron.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Richard evitando pensar la respuesta a la pregunta que Amanda le había hecho.

—Comprar un juguete y traerlo —le explicó—. Las mujeres del club de lectura los envolverán y Santa Claus los repartirá la víspera de Navidad en el hospital.

—También hay club de lectura... —comentó Amanda sorprendida.

Jane asintió.

—Y si te gustan las novelas románticas, Nora Reaves vive aquí.

—¿De verdad?

—Es la mujer de Cameron —le explicó Richard.

—Pero Nora es de Nueva York —le respondió. Había leído todas sus novelas.

—Bueno, vino aquí y se quedó —Richard se encogió de hombros pensativo.

Eran muchos los que lo habían hecho. ¿Por qué él no podía hacerlo también? Se jugaba mucho, se respondió. Todo lo que había

conseguido, tanto por lo que había luchado los últimos años, se quedaría en Nueva York. No empezaría totalmente de cero, porque tenía varios casos abiertos y una base de clientes, pero... Vio acercarse a Santa Claus repartiendo bastones de caramelo.

—Ho, ho, ho —exclamó risueño y divertido el alcalde de Edentown bajo el disfraz— ¿Ya habéis escrito las cartas con vuestros deseos?

Amanda sonrió asintiendo mientras recordaba las imágenes que había escogido como retos para el Año nuevo. Richard se conformó con coger un caramelo, para no pensar en las respuestas a las preguntas que se le acumulaban en la mente

—Yo empezaré por cumplir los deseos de otros —respondió tirando de Amanda hasta el puesto de regalos de Carlee Brewster—. Dame dos muñecos —le pidió—. Son para donar al hospital.

Carlee le mostró dos ositos de peluche que hicieron asentir a ambos y tras pagarlos se los acercaron al puesto de Jane.

—Te invito a un ponche —le dijo a Amanda pasando una mano por su cintura.

Amanda se dejó llevar hasta el puesto de bebidas.

—¿Habéis dejado el *Shamrock* solo? —Richard preguntó por el pub irlandés a los dos hermanos pelirrojos que había tras la barra.

—A estas horas está cerrado —le sonrió el más joven y guapo de ellos—. ¿Vas a pasarte luego?

Richard asintió mirando a Amanda.

—Habrá que salir esta noche, ¿no?

—Si no nieva... —le respondió ilusionada.

Pasaron el resto del día juntos, asistiendo a la inauguración de una exposición de fotos con fines benéficos y paseando por la feria. Volvieron al hotel a cambiarse de ropa, y, con una sonrisa, Amanda colgó de la ventana de la habitación, el calcetín de Navidad que se había comprado.

Cenaron en un pequeño y acogedor restaurante de comida casera junto a la plaza, y volvieron paseando al hotel después de tomar la última copa en el pub irlandés.

Amanda se sentía feliz. Nunca hubiera sido capaz de imaginar que las Navidades podrían resultar de esa manera. Se sentía afortunada y muy agradecida por lo que estaba disfrutando.

Richard aceleró el paso conforme los copos empezaron a caer con más insistencia. Amanda iba a su lado, con los ojos brillantes. Él la miraba con cierta envidia. Parecía feliz. Pensó que probablemente se debería a estar de vacaciones, sin embargo, él también podría considerar que lo estaba y no se sentía igual.

Entraron al acogedor hotel. La calidez los envolvió y el fuego encendido en la chimenea del salón los atrajo irremediablemente.

—Vaya... —murmuró Amanda fijándose en las ondulantes llamas—. Esto parece un sueño...

Richard la ayudó a quitarse el abrigo después de quitárselo él. Ella le sonrió sintiendo un escalofrío al verlo tan cerca de ella. Richard notó cómo se estremecía. Se lo había pasado muy bien con ella, y a la luz de las llamas, estaba preciosa. La cogió por la cintura y la besó en los labios con suavidad.

Amanda le correspondió el beso. Fue lento, pausado, tierno...

Richard fue el primero en separarse y mirarla a los ojos. Le costaba reconocerse. En una situación normal ya la habría tumbado sobre el sofá y la habría besado hasta excitarla para llevarla a la cama inmediatamente. Pero esa no era una situación normal, se dijo. Era una fantasía fruto de las circunstancias, se justificó incómodo.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —comentó fingiendo indiferencia.

Amanda asintió contrariada. Le había parecido que congeniaban, que los dos habían disfrutado del día juntos.

—Mañana... —comentó Amanda.

—Supongo que habrán abierto las carreteras. Yo volveré a Nueva York —le dijo mientras comenzaban a caminar hacia el ascensor como si no hubiera pasado nada entre ellos—. Espero que te lo pases bien los días que te quedan.

Amanda parpadeó sorprendida a la vez que dolida. Había pensado en que pasarían juntos lo que quedaba de semana. Creía que él había disfrutado tanto como ella. Habían sonreído y hablado de todo un poco, compartido impresiones sobre sus respectivos trabajos... Incluso había conocido a su familia. Su corazón se aceleraba cada vez que él le sonreía, cada vez que le cogía la mano... ¿Habrían sido todo imaginaciones suyas? El beso

compartido en el bosque le había parecido correspondido. El de esa misma noche también. No entendía ese cambio de actitud.

Richard salió del ascensor con una silenciosa Amanda. Sabía que él era el causante de ese silencio, pero no estaba seguro de querer arreglar las cosas. Había disfrutado mucho con Amanda. Se sentía muy cómodo a su lado. Podía hablar de cualquier tema con ella, comprendía sus horarios y no parecía que le molestaran especialmente, pero la vida seguía. La Navidad pasaría y todo volvería a la rutina, así que lo mejor era no volver a quedar con ella.

Corría el riesgo de querer verla en Nueva York, pero prefería las relaciones de una semana, o simplemente los encuentros de una noche, y sabía que Amanda no era de ese tipo de mujer.

En la puerta de ella se separaron. Amanda se giró para mirarle a los ojos.

—Richard...

Él evitó su mirada.

—Que te vaya bien —le dijo antes de darse media vuelta y dejarla con la palabra en la boca.

Amanda lo vio alejarse ¿Ella le había hecho algo para que reaccionara así? Lágrimas inesperadas se agolparon a sus ojos. No entendía qué era lo que había pasado. Decepcionada entró en su habitación pensando en que no tenía por qué quedarse allí. En Vermont tampoco la esperaba nadie, pero por lo menos, seguiría los planes que se había marcado.

Recordó que había quedado en visitar a Megan al día siguiente. Por lo menos estaría distraída y ya conocía lo suficiente Edentown como para recorrerlo sola, aunque todo le recordara a Richard.

Esa noche tardó bastante en conciliar el sueño repasando mentalmente las conversaciones que habían tenido, por si había dicho algo que le pudiera haber sentado mal.



Amanda bajó a desayunar con una ligera esperanza de encontrarse con Richard, pero no lo vio. Se repitió varias veces que no le importaba y pese a que sabía que se estaba engañando, optó por hacer como si nada hubiera pasado o nunca lo hubiera conocido.

Si hubiera estado en Vermont a esas horas igual estaría desayunando. Aunque luego no hubiera tenido la cita con Megan, que, por sorpresa, le iba a aumentar su cartera de clientes.

Después de anular el hotel de Vermont y ampliar la estancia allí, se dirigió a la cita con Megan y la encontró hablando por su teléfono móvil. Le dirigió una sonrisa radiante y la invitó a sentarse frente a su silla. En cuanto colgó la miró aliviada.

—Me estaba llamando Keith. Los niños ya se han despertado, así que, como hoy no tengo ninguna visita concertada, y estamos casi en Navidad, en cuanto hable contigo me iré a casa.

—Oh, si te viene mejor otro momento...

—No, no —le respondió amable—. Vamos a aprovechar que estás por aquí. Además de que debería pedirte disculpas porque estás de vacaciones y yo te estoy dando trabajo.

—El trabajo siempre viene bien —le sonrió.

—El equilibrio es necesario cuando se tiene familia —le aseguró—. ¿Estás con Richard? Hacéis muy buena pareja... Ya sabes, cuando queráis comprar una casa, me avisáis.

Amanda apretó los labios.

—Eh... Hoy tenía que ir a Nueva York —comentó sin entrar en detalles.

No tenía sentido dar explicaciones cuando el día siguiente a Navidad, ella se iría de allí.

Megan asintió sacando más de una veintena de carpetas de uno de los archivadores de la pared.

—Toma, todos tuyos —le dijo—. En cuanto me confirmes que los aceptas, les llamaré para avisarles del cambio y presentártelos. Podríamos ir juntas a alguno de los comercios. También te daré el teléfono de Cameron Lawrence, que te salvará de los problemas más de una vez. Tiene una empresa de construcción.

—No quiero molestarte —le recordó Amanda, dispuesta a ir ella a conocer a sus nuevos clientes personalmente—. ¿Trabajas con las mismas compañías?

Hojeó la documentación de manera rápida mientras Megan le explicaba su rutina de trabajo con las compañías aseguradoras. Amanda escuchaba atenta haciéndose mentalmente sus cálculos y esquemas.

—¿Estás segura de que quieres prescindir de todo esto? —le preguntó con cautela—. Supone mucho trabajo, pero también mucho dinero.

Megan asintió convencida.

—Ya me lo contarás cuando tengas hijos —le sonrió—. Con uno o dos quizá pueda llevarse, pero yo tengo cuatro, un perro y tres gatas. Y aunque tenga a Keith, no puedo más. O quizá sí que podría, pero también quiero descansar.

—Sí, supongo que cuatro hijos pueden ser una locura.

Megan asintió con una sonrisa romántica.

—¿Quién me lo iba a decir a mí cuando llegué aquí?

—¿No eres de aquí?

—No. Vendía pisos en la ciudad, pero mi debilidad son las casas con jardín. Vi una a la venta en Edentown, vine a verla y me enamoré.

—¿De Keith?

—No, Keith llegó después. Me enamoré del lago, del entorno, de la gente...

—Dejaste todo y te quedaste aquí —le comentó con una sonrisa.

—Bueno, no tenía familia así que no dejé nada—le sonrió orgullosa—. Solo cambié de lugar el trabajo y el piso.

Amanda asintió pensativa. Era una buena manera de ver las cosas. Pero ella no se estaba planteando nada, se recordó confundida. De repente le había llegado más trabajo. Solo había ocurrido eso. En tres días volvería a su casa y a su rutina.

Después de despedirse de Megan y pasar por el hotel a dejar toda la documentación que le había dado, decidió dar un paseo por la feria. Podría disfrutarla de manera diferente al ir sola, se consoló.

Al primero que vio fue al hermano de Richard, que se acercó a ella con una bonita sonrisa.

—¿Y mi hermano? ¿Dónde anda?

Amanda le sonrió incómoda.

—Ha vuelto a Nueva York...

—¿Mi hermano? —preguntó extrañado—. ¿Tenía algo urgente que hacer?

—Pues no lo sé—le dijo sincera mientras sonreía a Lacey que se acercaba con la pequeña Alice en brazos.

—Hola Amanda ¿os pasaréis luego a cenar?

—No...

—Mi hermano se ha ido a Nueva York —le explicó extrañado a su esposa.

—¿Tenía algo urgente que hacer? —le preguntó Lacey a Amanda.

Amanda se encogió de hombros, insegura. Le daba la impresión de que había huido de ella, y eso le hacía sentirse vulnerable y rechazada.

—Pero ¿vendrá a cenar? Mañana es el festival de villancicos, ¿se lo va a perder?

—Pues no sabría decirte —le comentó fingiendo indiferencia.

Lacey miró a Mike con el ceño fruncido.

—¿Has hablado con él?

—No, acabo de enterarme —se disculpó Mike negando con la cabeza.

—Bueno, seguro que mañana estará aquí —dijo Lacey no muy convencida—. ¿Al final te vas a quedar hasta Navidad?

—Sí —reconoció Amanda—. Solo quedan dos días y ya que conozco un poco Edentown, he decidido disfrutar aquí el tiempo que me queda.

—Bueno, te espero a comer en Navidad —la invitó Lacey—. Te diga lo que te diga Richard. Estés o no con él ¿de acuerdo?

—No quiero molestar.

—No molestas, Amanda —le aseguró Lacey—. Te espero sin excusas.

Amanda se encogió de hombros. Sería muy violento encontrarse allí con Richard después de cómo se habían despedido, pero a fin de cuentas eran adultos y no había nada entre ellos. Quizá ella había malinterpretado sus sonrisas o sus propios sentimientos.

—De acuerdo —se comprometió confiando en que sería capaz de no inmutarse ante la presencia de Richard.

Siguió paseando distraída entre los diferentes puestos, incluso se detuvo a tomar un chocolate caliente. Desde allí miró a su alrededor. La feria era perfecta, tal y como había soñado, pero después de haberla recorrido con Richard sentía que le faltaba algo... o más bien, alguien con quien compartir esos momentos.

Siguió paseando y del puesto de calcetines de Navidad pasó al de las coronas navideñas. Sonrió al ver que daban la posibilidad de hacerse una propia.

Se sentó decidida mientras una joven rubia, muy bonita y con sonrisa cariñosa se le acercaba.

—Hola, soy Gwen —se le presentó—. ¿Preparada para hacer tu propia corona?

Amanda asintió divertida.

—Bueno, eso espero.

—Es sencillo y gratificante —le aseguró acercándole una base redonda con ramas de abeto entrelazadas. Escoge un color —le acercó una caja con diferentes lazos, bolas de colores de distintos tamaños y piñas—. ¿Estás de paso?

—Sí —le confirmó—. Quería disfrutar de una Navidad con nieve, y la tormenta hizo que me quedara aquí.

—Pues la tormenta hizo bien —le aseguró mientras sonreía con los ojos brillantes a un joven alto y de cabello oscuro que le guiñaba el ojo al pasar por allí.

Amanda sonrió al ser testigo del flirteo mientras Gwen suspiraba.

—Llevo con él desde San Valentín —le explicó al darse cuenta de que Amanda los había visto—, y cada día me gusta más...

Amanda asintió con cierta envidia. Se alegró de haber puesto en su *vision board* la imagen de una pareja. Ahora solo tenía que encontrarla y conseguir que le arrancara suspiros de enamorada como el que había escuchado a Gwen.

—Gwen ¿tu madre está en la floristería? —le preguntó una mujer muy elegante acercándose al puesto—. Quiero comprar una poisenttia para Jane. Mi hija es capaz de decorar todo Edentown en Navidad y se le olvida su propio hogar.

—Yo no me preocuparía. Jane es capaz de decorarlo en unas horas —le sonrió—, pero sí. Sí que está allí.

La mujer asintió y se alejó decidida.

—¿Eres la dueña de la floristería? —le preguntó Amanda con curiosidad. Le pareció que entre los seguros que había aceptado llevar había una floristería.

—Sí —le confirmó—. Está en la calle principal.

—Soy Amanda Kerr —se presentó—. Pensaba pasarme por allí para presentarme. Soy tu nueva agente de seguros.

—Ay, sí, Megan me lo comentó —le sonrió aliviada—. No me gusta mucho encargarme del papeleo, así que me parece estupendo. ¿Tienes ya la oficina? Creo que el señor Pincket quería alquilar su despacho.

—¿El señor Pincket no es el abogado de la plaza? Creo que he oído hablar de él.

Escogió unas bolas rojas con purpurina.

—Sí —le confirmó—, pero se fue hace unas semanas y me han dicho que es probable que no vuelva, así que su despacho quedaría libre. Podrías abrirte allí la oficina.

—Soy de Nueva York —le explicó—. Ha sido todo tan repentino que no había pensado en abrirme ninguna oficina.

—Oh, claro, tendrás muchos clientes... pero tu trabajo lo puedes hacer por teléfono ¿no?

—Principalmente, sí —le confirmó mientras escogía otras bolas rojas brillantes más pequeñas.

—Pues no puedes pedir más —le sonrió ayudándola con la pistola de silicona a fijar las bolas—. Edentown es un buen sitio para vivir, y si la oficina queda libre, quizá es porque sea para ti.

Amanda parpadeó sorprendida. Estaba pensando en independizarse laboralmente, pero de ahí a alquilar una oficina en Edentown o, incluso buscarse un apartamento allí, había una distancia considerable.

—¡Te ha quedado perfecta! —exclamó Gwen en cuanto añadieron la última bola.

Amanda asintió admirando su creación.

—La verdad es que sí —reconoció satisfecha.

—Bueno, bienvenida a Edentown.

—Aún no sé si...

Gwen le sonrió.

—Piénsatelo —le dijo con dulzura.

Amanda asintió sorprendida. Salió de la feria con su corona navideña con intención de dejarla en el hotel, cuando se fijó en que estaba en la plaza de Edentown. Decidió recorrerla para localizar el

despacho del señor Pincket y no tuvo que andar más de dos pasos para encontrarlo.

Una fachada de ladrillo oscuro y dos plantas exhibía un discreto rótulo con el nombre y el cargo del abogado. Tenía las persianas bajadas. Miró a su alrededor. ¿Se imaginaba viviendo allí? Parecía un sueño hecho realidad, quizá por eso nunca había llegado a imaginárselo, porque le había parecido imposible.

Negó con la cabeza. Eso no estaba en sus planes. Necesitaría pensarlo.

Megan se acercó a ella cargando un par de cajas de cartón llenas de carpetas y diferentes archivadores.

—Amanda, ¿Viendo la feria? Que corona más bonita.

—Sí, ¿verdad? La acabo de hacer con Gwen. Te veo muy cargada ¿te ayudo?

—¿No te importa? Tengo que subir un momento al despacho del señor Pincket a dejar estas cajas.

—Dame —se colgó del brazo la corona navideña y le cogió una de las cajas.

Las dos jóvenes subieron a la primera planta donde estaba el despacho del abogado. Megan utilizó su propia llave para abrir.

—Está todo muy oscuro —comentó Amanda dejando la caja que llevaba sobre el pequeño escritorio que había junto a la puerta.

Megan se dirigió hacia una de las ventanas para levantar la persiana. La luz del medio día iluminó la estancia cuadrada y espaciosa con varias sillas apoyadas en la pared.

Después entró en uno de los despachos adjuntos para levantar otra persiana. Amanda la siguió con la mirada. Se quedó impresionada por la luz que entraba y se acercó al pequeño despacho.

Detrás del escritorio había unas estanterías vacías y una maceta alta de hojas alargadas. Se parecía mucho al que había elegido para el *vision board* del año próximo.

Megan fue al otro despacho cuya puerta daba a la sala y que tenía el escritorio lleno de carpetas amontonadas. Varios archivadores repartidos por las estanterías acompañaban a los numerosos y antiguos libros legales y enciclopedias. Levantó la persiana distraída y salió con rapidez.

—Bueno... a ver si hay suerte...

—¿Suerte? —le preguntó Amanda extrañada.

—Sí... hoy he hablado con el señor Pincket —le explicó—. Lo cierto es que no creo que vuelva...

—¿Piensa alquilar el despacho?

—Supongo que sí, aunque tampoco sé cuántos casos tiene abiertos todavía, y supongo que querrá cerrarlos.

Amanda asintió pensativa mientras salían del despacho y Megan cerraba la puerta. No se podía creer lo que se estaba planteando.

—¿Cómo van de precio los alquileres?

Megan se encogió de hombros.

—No me ha confirmado nada, pero supongo que será un precio competitivo... Nada que ver con Nueva York —le sonrió distraída— ... Aunque supongo que querrá incluir el negocio también, no solo el despacho.

Amanda asintió. Su madre le recordaría la de veces que le había sugerido que estudiara para ser abogada. Podría tener en esos momentos su propio despacho.

Frunció el ceño, confundida. Ella no había pensado en su propio despacho hasta esos días. Que lo hubiera incluido en sus retos próximos, no implicaba que se lanzara con los ojos cerrados a alquilar esa oficina, o el despacho junto al del señor Pincket.

El alquiler, sin duda, sería más económico que en la ciudad, y, a fin de cuentas, la mayor parte de su trabajo lo realizaba por teléfono u online, por lo que su despacho podría tenerlo en cualquier sitio. Incluso en el salón de su apartamento, si fuera más grande, se recordó.

Pensativa volvió hacia el hotel desde donde hizo una videoconferencia con su familia para enseñarles orgullosa su corona navideña.

Richard estaba saboreando un trago de whisky de malta en la terraza de su ático cuando descolgó el teléfono al ver la llamada de su hermano.

—¿Estás en Nueva York? ¿Qué haces allí? —le preguntó directo.

Richard frunció el ceño.

—Tenía cosas que hacer —improvisó.

—Eso significa que vas a volver pronto ¿no?

—...Sí, claro...

—Por unos momentos creí que habías salido huyendo —le respondió visiblemente relajado.

—¿De qué?

—De Amanda.

—¿Por qué iba a huir de Amanda? —preguntó incómodo sintiéndose culpable.

—Eso me preguntaba yo —le respondió con una mueca—. Hacéis muy buena pareja. Creí que te habías asustado al ver que lo tenías todo.

Richard apretó los labios, serio.

—Bueno... todo.... Lo que se dice todo...

—Ha empezado a rumorearse que el señor Pincket puede que no vuelva tras las fiestas... ¿Sabes que tenía algunos casos a medias?

Richard sintió que las rodillas le temblaban y se sentó en el suelo de su terraza apoyando la espalda en la pared.

—Bueno, haz lo que tengas que hacer y no tardes —le comentó tranquilo—. Ya nos habíamos acostumbrado a verte por aquí a todas horas.

Richard asintió con la cabeza.

—¿Estás bien? —insistió su hermano ante su silencio.

Richard suspiró agobiado.

—¿Qué pasa? Habías salido huyendo ¿no?

—Eso suena muy mal.

—Pero es cierto ¿no? —le recriminó Mike.

—No esperaba que todo fuera tan rápido...

—¿Rápido? —le preguntó Mike—. Llevas tiempo planteándote dar un giro a tu vida. Fuiste tú quien me habló de Edentown.

—Sí, pero no esperaba que todo se precipitara.

—Bueno, Alice acaba de nacer, pero el embarazo duró nueve meses.

Richard asintió en silencio. Estaba deseando estar con su sobrina, por supuesto, pero no era ella quien le hacía sentir así.

—¿Me estás queriendo decir que te has alejado de Alice porque te ha asustado lo que sientes por Amanda?

Richard permaneció en silencio.

—Te estás comportando como si fueras un crío. Si no estás bien con Amanda, díselo y ya está.

—No es eso.

—Me lo parecía —le respondió fastidiado—. Pero si estás bien con Amanda, aprovecha el tiempo ¿no se supone que ella se irá de aquí en cuanto pasen las fiestas?

—No es tan fácil.

—¿El qué? ¿Hablar con ella? Yo creo que sí —le comentó—. ¿Qué ocurre? ¿Que te quieres quedar, pero ella volverá a Nueva York? Vamos, Richard, seguro que podéis llegar a un acuerdo. Huir nunca es una solución.

Richard resopló molesto. Ya lo sabía. Ya se lo había dicho varias veces. Miró a su alrededor. La terraza vacía de su ático, la soledad entre las cuatro paredes, la frivolidad que rechazaba cada vez más...

—Te esperamos a comer en Navidad ¿no?

—Sí, sí, claro —le confirmó.

—Lacey invitó a Amanda también. La hemos visto en la plaza. Si te resulta molesto...

—No, claro que no —reconoció sintiendo un nudo en su estómago.

Se despidió de su hermano y se levantó del suelo para asomarse a la barandilla. Veía la ciudad frente a él. Había disfrutado mucho allí. La ciudad, su trabajo en el bufete, el entorno en el que se había movido... le habían dado mucho, pero sus prioridades habían cambiado, y eso no tenía por qué ser malo, se dijo.

Quizá pudiera quedarse en Edentown, quizá incluso Amanda pudiera plantear quedarse allí si conseguía convencerla de que no solía huir de los retos como parecía que había hecho.

No habían hablado de lo que había entre ellos, pero intuía que ambos tenían claro que un sentimiento fuerte que iba más allá de la atracción los unía. ¿Amor? Quizá era demasiado pronto para utilizar esa palabra...

Bueno, pero para plantearse vivir en Edentown primero debía averiguar si el señor Pincket realmente no iba a volver.

Su teléfono sonó en ese momento. Era un teléfono desconocido. Respondió mientras iba a su dormitorio y empezaba a sacar ropa de su armario para meterla en la maleta.

Cuando colgó un poco más tarde no se lo podía creer. Tenía a su disposición el despacho del señor Pincket y toda su clientela, por una cantidad que le parecía ridícula.

Se sentó sobre la cama. Su vida estaba a punto de dar un giro. Miró a su alrededor. Era real la oportunidad de quedarse en Edentown, cerca de su hermano, de su sobrina... Probablemente podría compaginar sus clientes de Nueva York con los que tuviera en Edentown, pero no lo sabría si no lo intentaba. Y, Amanda... Amanda... quizá también pudiera ser posible una relación con ella.

Más nervioso de lo que le hubiera gustado reconocer, empezó a hacer la maleta. Volvía a Edentown, sonrió, pero antes le compraría un regalo. Tenía que reparar o minimizar la estupidez que había cometido al no decirle que necesitaba tiempo para pensar en los cambios que quería hacer en su vida. Quizá ella se hubiera molestado y, con razón, porque él hubiera desaparecido sin avisar, pensó intranquilo.



A la mañana siguiente, Amanda ocupó su mesa habitual a la hora del desayuno. Al día siguiente sería Navidad y volvería a Nueva York después de comer en casa de Lacey y Mike.

Había conseguido su objetivo de una típica y nevada navidad y, aunque, no se sentía tan alegre como esperaba sentirse por la ausencia de Richard, se sentía capaz de conseguir cualquier cosa.

Supuso que lo emotivo de las fechas y lo bonito del lugar la habían vuelto más sensible, pero a grandes rasgos se sentía satisfecha de cómo habían transcurrido sus vacaciones.

Richard entró decidido en el comedor y fue hacia su mesa. Se sentó sin darle opción a que se negara.

—Mañana es Navidad —le dijo mientras con un gesto conseguía que le llenaran una taza de café.

Ella asintió seria. Su corazón se había acelerado nada más verlo, pero su reciente comportamiento la hizo ponerse a la defensiva.

—Has vuelto —comentó seria.

—Sí. Tenía cosas que hacer en la ciudad ¿no te lo dije?

Amanda enarcó una ceja, incrédula. No iba a consentir que la tomara por tonta.

—Sabes que no.

—Bueno... pensaba decírtelo.

—Y no lo hiciste ¿por...?

Richard se sonrojó.

—Supongo que no queda muy bien que diga que me asuste... pero me asuste...

—¿De qué?

Amanda le miraba con frialdad. Richard le mantuvo la mirada, ligeramente avergonzado.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Yo? —le preguntó seria—. No quiero que me digas nada. Eres tú quien parecía que se disculpaba.

—No me lo vas a poner fácil ¿no?

Amanda le miró impasible.

—¿Yo te he pedido algo? No, que yo sepa —se respondió a sí misma—. Si tú te has pensado o imaginado que te pedía... no sé... matrimonio... o el número de tu cuenta bancaria, es tu problema.

Richard le mantuvo la mirada, serio.

—No esperaba que te lo tomaras así.

—¿El qué, Richard? Yo solo sé que creía que estábamos bien, que nos lo pasábamos bien juntos, y de repente un día te vas sin decir nada ¿Qué esperabas? ¿Que te agradeciera el haber vuelto? No recuerdo que te lo pidiera.

Richard se sonrojó ante el rapapolvo recibido. Amanda tenía razón. Probablemente cualquiera de las mujeres con las que se había relacionado antes lo hubieran acogido con los brazos abiertos, pero Amanda no era como ellas y él no hubiera vuelto por otra.

—¿No podemos retomarlo donde lo dejamos?

—¿Retomar el qué? —le preguntó Amanda molesta consigo misma por la rabia que sentía.

Richard estuvo a punto de levantarse, molesto por el rechazo tan tajante.

—Es verdad... no había nada entre nosotros.

Amanda bajó la mirada sintiendo un nudo en la garganta. Una cosa era que lo dijera ella, movida por el dolor, y otra que lo dijera él que era el que había huido, como si no lo hubieran pasado bien juntos, como si nunca se hubieran dado las manos o nunca se hubiesen besado.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le preguntó Richard tratando de empezar de nuevo.

Amanda lo agradeció porque no sabía cómo actuar, y más si al día siguiente iban a comer en casa de su hermano.

—Pensaba ir a la plaza —le comentó distraída.

No iba a decirle que quería acercarse al despacho del señor Pincket. Había pasado la noche dándole vueltas a la posibilidad de quedarse allí y no había desechado la idea.

Richard asintió. Él tenía claro que iba a hacer lo mismo porque había quedado con Megan para que le enseñara la oficina del abogado.

—¿Vamos juntos?

—Oh, gracias, pero mejor nos vemos por allí —decidió Amanda—. No es que no quiera ir contigo —le aclaró para evitar malentendidos o que él la catalogara de rencorosa—, es que Megan me pasó los seguros de sus clientes, y pensaba pasarme a saludar a todos los que pueda.

—¡Qué bien! —se alegró por ella—. Mira por donde la tormenta de nieve ha traído cosas buenas.

Amanda asintió. A excepción de él, todo estaba resultando mejor de lo que se había llegado a imaginar.

—Lacey me invitó a comer con vosotros mañana —le comentó manteniéndole la mirada—, pero si no quieres que vaya, no iré.

Richard asintió.

—Me lo dijo mi hermano —le confesó ligeramente avergonzado—. Podemos salir juntos de aquí.

—Si ya no te doy miedo —le respondió Amanda con una sonrisa fingida.

Richard la miró en silencio. ¿Tan transparente había sido?

—No me dabas miedo tú... Quizá mis sentimientos... o las posibilidades que me estaba planteando —le dijo—. Pero prefiero que lo hablemos más tranquilos. ¿Comemos juntos?

Amanda se encogió de hombros. Realmente le apetecía comer con él, reconoció.

—Nos vemos en la plaza —le dijo ella levantándose y dejándole frente a su taza de café frío.

Richard la vio salir, sintiendo que su ánimo se desinflaba como si fuera un globo. Antes de conocer a Amanda se estaba planteando quedarse a vivir en Edentown, pero en ese momento comprendió que también la quería a ella cerca. A su lado.

El que ella tuviera clientes por la zona le aseguraba verla en alguna ocasión, pero eso le sabía a poco. Además, que pareciera dolida quizá significaba que sentía algo por él, sonrió orgulloso. Eso, o que él se había comportado como un cobarde, cosa que no quería reconocer como cierta.

Miró la hora en su reloj. Aún faltaban un par de horas para su cita con Megan. Aprovecharía para visitar a su sobrina, pensó, pero antes pasaría por la tienda de regalos de Carlee. Seguro que veía algo bonito que justificara su ausencia, pese a que probablemente la pequeña no se hubiera dado cuenta.



Después de cumplir con lo que se había comprometido, Amanda llegó hasta la plaza. Se dirigió al despacho del señor Pincket por curiosidad y vio la puerta entreabierta. Extrañada, subió las escaleras para ver a Megan mirando distraída por la ventana.

—Hola, Megan —la saludó—. Vi la puerta abierta.

—Hola, Amanda, pasa —la invitó—. Estoy enseñándole el despacho a...

Richard salió de uno de los despachos asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo... Hola, Amanda —sonrió—. ¿Ya estás por aquí?

—¿Habíais quedado? —les preguntó Megan con una sonrisa radiante—. Claro, es perfecto. Cada uno en un despacho. Me parece una idea estupenda. La correduría de seguros y el despacho del abogado.

Amanda y Richard se miraron confundidos.

—No... lo tenemos muy claro —comentó Amanda pensando en la idea.

—Pues pensadlo —les recomendó Megan—. Una oficina en la plaza es muy tentadora.

Los dos asintieron mientras echaban un último vistazo alrededor antes de salir. Megan recibió una llamada a su teléfono móvil.

—Keith me llama. Creo que oficialmente comienzan las vacaciones de Navidad en mi familia —les dijo—. ¿Vendréis esta noche al festival?

Ambos asintieron mientras seguían dando vueltas en su cabeza a la idea de compartir oficina. La vieron alejarse y mezclarse entre los vecinos que visitaban la feria.

—¿Estás pensando en quedarte? —le preguntó Richard a Amanda, extrañado.

—No... o sí —se encogió de hombros—. No lo sé. Pero Megan me pasó su cartera de clientes. Los puedo gestionar igual desde la ciudad, pero... no sé... También puedo gestionar los de la ciudad aquí. Y si necesito ir algún día, solo estoy a tres horas. ¿Y tú? ¿Por fin te quedas junto a tu sobrina?

—Me ocurre lo mismo que a ti, más o menos.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —le respondió sincero—. Una parte de mí dice que me quede. Otra quiere salir huyendo.

Amanda lo miró seria.

—¿Huyes con mucha frecuencia?

Richard la miró pensativo.

—Parece ser que últimamente sí... Vamos a tomar un ponche.

Amanda le siguió hasta la feria.

—No sé si te ha ocurrido a ti alguna vez, que sientes que la vida te pide un cambio y cuando lo tienes cerca te agobias.

Amanda se encogió de hombros.

—No... —le respondió—. Cuando la vida me pide un cambio, lo incluyo en mi *vision board* y cuando la oportunidad surge, la aprovecho.

—¿No te asustan los cambios?

—Creo que no mucho.

—Eres impulsiva.

—No —reconoció—. Pienso todo mucho antes de dar ningún paso, pero cuando puedo darlo, lo doy.

—¿Y si las cosas salen mal? ¿O no como tú quieres?

—Pues hago lo posible para arreglar la situación conforme se produce, no antes.

Richard pidió dos ponches en el puesto de los hermanos O'Brien.

—Tendré que probar a hacer un *vision board* de esos que tú haces...

—Antes de año nuevo es el mejor momento.

Richard asintió antes de dar un trago a su ponche.

—Entonces, ¿vas a quedarte en Edentown?

—¿Y tú? —le preguntó Amanda sintiendo que su corazón empezaba a latir con más fuerza.

Richard la miró consciente de lo que la pregunta implicaba. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Si te quedas podríamos compartir despacho... Nuestros trabajos son complementarios...

Amanda asintió sonrojándose ante su atractiva sonrisa. Richard dio un paso hacia ella manteniéndole la mirada.

—Si te quedas, podríamos salir juntos...

—Es una posibilidad, sí.

—Me gustas, Amanda.

Amanda asintió fingiendo indiferencia. ¿Me gustas? ¿De verdad creía que iba a quedarse con él por un «me gustas»? Por algo se empezaba, se consoló, pero le parecía evidente que había algo más, que él no estaba dispuesto a reconocer.

—Sí... tú a mí también...—dio un paso atrás—, pero no me gusta la gente que sale huyendo.

Richard la miró molesto antes de dar otro trago a su ponche.

—No voy a salir huyendo.

—Acabas de volver.

—Eso fue... eso fue... —se separó de ella incómodo.

Se dio la vuelta y se alejó de ella dos pasos antes de volver.

—Eso no fue huir. He vuelto —razonó—. A veces necesito pensar las cosas a solas. Yo no las pienso antes, como tú. Yo las pienso conforme suceden.

—Porque no planificas —le respondió impasible Amanda.

—No se puede planificar todo —se defendió él, molesto—. No siempre puedes decidir cuándo te vas a cambiar de trabajo, o cuando te enamoras, o cuando tiras por la borda todo aquello por lo que has luchado. Soy socio de un bufete. Me ha costado mucho esfuerzo conseguir ese puesto, y no puedo actuar a la ligera. No he huido, solo necesitaba tiempo y espacio para pensar.

—No hace falta que te justifiques conmigo —se defendió Amanda, irritada—. Parece que soy yo la que te quito ese tiempo y ese espacio... pero no tenemos por qué hablar de esto. No me debes nada y no te debo nada. Haz lo que quieras.

Amanda se alejó de él sintiendo un nudo de rabia en su garganta. No iba a asumir ninguna responsabilidad ajena. Si él tenía un problema no era cosa suya. Era buena idea compartir el despacho, o por lo menos, era una idea lógica, pensó, pero entonces debía despedirse de Richard como posible pareja, y no iba a engañarse. Richard era uno de los motivos para quedarse en Edentown, reconoció.

Richard vio a Amanda alejarse y no pudo evitar ir tras ella.

—Amanda... ahora estás huyendo tú.

Amanda se giró enfadada.

—No es cierto —le rebatió—. Simplemente me alejo de ti porque parece ser que soy yo la que te impide pensar.

—¿No te ha pasado nunca que estás tan tranquilo y de repente una mujer se te mete bajo la piel?

Amanda lo miró sonrojándose.

—No.

—Bueno, en tu caso un hombre...

Amanda se encogió de hombros. Rara vez un hombre le había hecho plantearse un cambio de planes en su vida.

—Apareciste en un momento en el que me estaba planteando muchas cosas.

—Pero yo no tengo la culpa.

—No te la estoy echando.

—Parece que sí.

—Me cuesta alejarme de ti... y no me vuelvas a decir que me largué, porque solo he estado fuera unas horas.

—¿Qué quieres que te diga? —le preguntó Amanda, molesta.

—Que yo también te gusto.

Amanda se ruborizó.

—Creía que eso era evidente.

Richard sonrió aliviado. Le cogió el vaso de ponche vacío y lo tiró a la papelera.

—No me hagas sufrir de esta manera —la cogió de la mano—. Vamos a comer al *Salt and Pepper* y hablemos, no sé... de negocios.

Amanda se dejó llevar consciente de cómo sus manos entrelazadas encajaban a la perfección, de cómo su piel ardía ante su contacto, de cómo su corazón palpitaba emocionado.

—No es buena idea mezclar negocios con una especie de relación o lo que sea que haya entre nosotros.

Richard asintió mientras caminaba decidido.

—Tú estarás en un despacho, yo en el otro, no vamos a mezclar nada —le aseguró.

—Pero nos veremos todos los días.

Richard se detuvo y la miró a los ojos.

—Eso espero —le confirmó—. Compartamos oficina o no, espero verte todos los días.

Amanda le mantuvo la mirada con cierta desconfianza.

—Nos gustamos, Amanda, nos atraemos...

Amanda asintió, pero dio un paso atrás, insegura.

—No estoy segura de que eso sea suficiente para empezar nada...

—¿Quién huye ahora? —le preguntó él.

Sin soltarla de la mano, volvió a dirigir sus pasos hacia el restaurante donde pensaban comer.

Amanda fue a responder, pero se quedó en silencio mientras le seguía. Quizá sí que quería huir en ese momento. Quizá sí quería o necesitaba pensar a solas, en lo que implicaba empezar una relación.

Afortunadamente, el restaurante estaba lleno y no tuvieron ningún tipo de intimidad. Richard mantuvo la conversación hablando de sus planes de negocio y de su futura vida en Edentown. Él sintió que la confianza en el paso que iba a dar aumentaba conforme más hablaba de ella. Empezó a sentirse seguro e ilusionado y arrastraba

a Amanda en esa decisión y planes de futuro, algo que la impactaba y a la vez la hacía sentirse halagada.

—¿Parece que no te tomas en serio lo que digo? —le preguntó una de las veces que la notó distraída.

—No —reconoció—. Es solo que me incluyes en tus planes y me llama la atención. Simplemente eso.

—¿Por qué no iba a incluirte en ellos?

—Porque apenas nos conocemos —le respondió lógica.

—Pero eso tiene fácil solución —le contestó él cogiéndola de la mano sobre la mesa y entrelazando los dedos con ella—. Pregúntame lo que quieras saber.

Pasaron la tarde haciendo y contestando preguntas más o menos personales, entre sonrisas y miradas cargadas de ilusiones y esperanzas. A última hora pasearon hasta la pista de patinaje.

—Estaré solo un rato —le aseguró Amanda—. Estoy cansada de estar tanto tiempo fuera del hotel.

Richard asintió.

—Nos podemos volver después del festival. Esta noche viene Santa Claus y hay que acostarse pronto.

Amanda lo miró sonrojada ante esa reflexión. Richard se fijó en su cambio de expresión. Que iba a acostarse con ella era algo que tenía muy claro, aunque no supiera cuando.

Se pusieron los patines y se dejaron deslizar por la pista entre otros patinadores como si siempre lo hubieran estado haciendo. Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, una ligera brisa les acariciaba la cara...

A Amanda le costaba retirar los ojos de él. Richard sentía que no podía dejar de mirarla. En cuanto avisaron por megafonía que iba a empezar el festival, se quitaron los patines a la vez y los sustituyeron por las botas.

Richard la cogió de la mano y se dirigió hacia el escenario colocado para ese evento. La mayoría de los vecinos estaban por allí, entre sonrisas, tratando de encontrar un buen sitio para escuchar las canciones.

Amanda tropezó con un joven que llevaba un ridículo gorro con un ramillete de muérdago colgando. Le divirtió la ocurrencia y no

pudo evitar sonreír. El joven le devolvió la sonrisa, y sin darle opción a nada le dio un leve beso en los labios.

Richard se giró al notar que Amanda se había soltado de su mano justo en el momento en que el dueño de la ferretería la besaba sonriendo, antes de seguir su camino.

Los celos aparecieron inesperadamente, como si fueran un rayo y le sacudieron el corazón. Amanda siguió su camino, divertida y se encontró frente a Richard que la miraba serio.

—Mira, ahí está tu hermano y Lacey —le comentó señalando a la pareja que había un par de filas más adelante.

Richard la siguió con la mirada, y fue tras ella con rapidez.

—No te vayas.

—No... Mike y Lacey están ahí —le señaló.

—No, Amanda, te lo digo a ti. No te vayas.

Amanda se extrañó ante la seriedad de su rostro. Richard le cogió las manos y se puso frente a ella.

—No quiero que te vayas de Edentown, de mi vida, de lo que sea que haya entre nosotros.

Richard le mantuvo la mirada serio, preocupado, tenso. Por segundos, había contemplado la posibilidad de perderla, de verla con otro hombre, de no estar a su lado, y había sentido que le faltaba el aire.

Amanda parpadeó asombrada.

—Richard... no sé...

Él eliminó con un paso la distancia que les separaba besándola en la boca. Amanda se apoyó en él sintiendo que las rodillas le temblaban.

—Dime que no te vas —le susurró con los labios casi pegados a ella.

Amanda lo miró extrañada. No entendía ese impulso irracional justo en ese momento.

Una canción navideña empezó a sonar sobre el escenario y los dos giraron la cabeza hacia el mismo sitio, percatándose que estaban rodeados de gente.

—Supongo que podemos hablar luego —carraspeó Richard.

Amanda asintió mientras se dirigían hacia Mike y Lacey para ver junto a ellos el festival.

Divertidas canciones y entrañables villancicos, interpretados por diferentes vecinos de Edentown se sucedieron sobre el escenario haciendo que las sonrisas, la magia de la Navidad y los buenos deseos envolvieran a todos los presentes.

Después de despedirse hasta el día siguiente de la familia de Richard fueron paseando hasta el hotel. Ligeros copos de nieve empezaron a caer sobre ellos haciendo que se acercaran más el uno al otro. Richard le había pasado un brazo por encima de los hombros. No quería separarse de ella.

—Esta noche viene Santa Claus —comentó pensando una excusa por la que no alejarse.

Amanda sonrió. Algunas de las compras que había hecho en la feria había pedido que se las envolvieran y las colocaría bajo un arbolito pequeño que había junto a la ventana. Estaba acostumbrada a despertar sola el día de Navidad, así que, como otras veces que le había ocurrido, abriría emocionada los regalos que se había hecho a sí misma.

En cuanto llegaron frente a la puerta del hotel, Richard la retuvo a su lado y la besó en los labios con suavidad.

—Me gusta besarte... Creo que deberíamos hablar...

—¿A estas horas? ¿Aquí en la puerta? —preguntó extrañada por el rumbo de la conversación.

—Sí... no... —se excusó confundido—. No quiero que te alejes de mí.

—No soy yo la que ha salido corriendo —todavía le dolía el sentimiento de abandono.

—¿Otra vez? Estoy aquí —insistió frente a ella—. A veces necesito estar solo. La próxima vez, te lo diré.

—¿Habrá una próxima vez?

—Probablemente —razonó con media sonrisa—. Y más si trabajamos juntos y salimos juntos.

Amanda sintió que el corazón se le desbocaba. La oscuridad de la noche y las pequeñas lucecitas encendidas en las copas de los árboles del jardín les regalaban intimidad y romance.

—Lo dices como si fuera un hecho.

—Me gustaría que lo fuera —le aseguró Richard—. Sabes que me gustas, creo que se me nota... Nos conocemos desde hace

unos días... Cuando he visto a Chris besándote me he quedado sin aire...

—No ha sido nada...

—Lo sé... pero ha sido suficiente para darme cuenta de que quiero salir contigo, estar contigo, trabajar contigo... Dame tiempo para conocerte, para caminar juntos de la mano, para enamorarte y que seas tú quien nunca tenga motivos para salir huyendo.

—Huir no es mi estilo.

—Sí... supongo que frente a un problema eres de las que lo afrontan de cara... yo necesito un poco de soledad ¿y qué? Ya lo sabes. Así nos complementaremos mejor. ¿Qué me dices?

Amanda sonrió emocionada.

—Podemos intentarlo.

—Intentar no es conseguir —le sonrió Richard dándole un suave beso en los labios.

—¿Cómo dices?

—Intentar es un compromiso a medias, es una especie de «te aviso por adelantado que no voy a lograrlo» y yo no quiero eso porque no es lo que voy a darte. ¿No fuiste tú la que dijiste una vez que todo dependía de nosotros? ¿Que si algo no sale como quieres, buscas otra manera de conseguirlo?

Amanda lo miró con los ojos brillantes. Su corazón latía con fuerza. Se sentía más que capaz de conseguir que todo funcionara... su nuevo negocio, su relación...

—Pues eso quiero, porque es lo que yo también te doy. Consigamos que funcione. Todo. Nuestra relación, nuestros trabajos aquí... Te gustan los retos ¿no?

Amanda lo miró con la seguridad de que era cierto todo lo que le decía, con la sensación de que podía confiar en él, de que podían caminar juntos en la vida. Parecía que su mente y su corazón estaban de acuerdo. Asintió convencida y dispuesta a todo lo que hiciera falta.

Richard la besó posesivo, seguro, firme. Ella se entregó al beso sin ningún tipo de duda.

Con las manos entrelazadas entraron al hotel que los recibió con la calidez que esperaban. Saludaron a la joven recepcionista y se dirigieron al ascensor para que sus labios volvieran a encontrarse.

—No quiero dormir sola —susurró Amanda con la respiración agitada.

—Yo tampoco —le respondió Richard profundizando en su beso, apasionado.

Sin dejar de besarse, llegaron a la habitación de Amanda, y sin apenas separarse, se entregaron sin reservas, dejando que el amor los hiciera uno.



Richard se despertó satisfecho. Amanda dormía relajada a su lado. La miró detenidamente. Podría acostumbrarse a eso, pensó. Estaba decidido a acostumbrarse a eso.

Le acarició con cariño la mejilla haciendo que ella se despertara somnolienta.

—Feliz Navidad —le recordó besándole ligeramente en los labios.

Amanda le sonrió encogiéndose bajo las sábanas.

—No hay que madrugar.

—Voy a pedir el desayuno al servicio de habitaciones.

Ella asintió volviendo a cerrar los ojos mientras le oía hablar por teléfono con la recepción.

Richard se levantó para ducharse con rapidez y vestirse antes de que un miembro del personal del hotel llamara a la puerta con la bandeja.

Lo atendió él y llevó el desayuno hasta la mesa de la habitación mientras Amanda remoloneaba en la cama. Satisfecho con el café, el zumo de naranja natural y las tostadas dulces que había pedido, Richard se fijó en las imágenes que había en uno de los papeles que había sobre la mesa, junto a un montón de pólizas de seguros.

—¿Esto es tu *vision board*?

Amanda lo miró antes de asentir y frotarse los ojos dispuesta a levantarse.

—¿Cuándo va s a hacer el del año que viene? —le preguntó ofreciéndole una taza de café.

—Ese es —le respondió antes de dar un sorbo a la bebida.

Richard negó con la cabeza.

—No creo. Has puesto una foto de Edentown y estás aquí, más clientes y ya los tienes, una pareja caminando de la mano, que es lo que vas a hacer conmigo, y hay una foto de un despacho con una maceta que se parece al que hay en la oficina del señor Pincket ¿Qué te falta?

Amanda lo miró confundida. Se puso el pijama con el que solía dormir y que esa noche no había utilizado y se acercó a él. Miró sorprendida las imágenes que Richard le había indicado. Realmente, podía considerarse que lo tenía todo, aunque ese todo fuera muy reciente y no estuviera asentado.

—Tienes razón... Vaya... —no sabía qué pensar.

—¿Qué te ata a Nueva York? —le preguntó Richard directo.

—Supongo que el trabajo —y ya había llegado a la conclusión de que podía trabajar desde cualquier otro sitio.

Richard le cogió una mano con ternura.

—Quedémonos juntos.

Amanda sintió que se quedaba sin respiración. No sentía miedo. Sentía algo parecido a la ilusión. No sabía si por el reto de empezar algo nuevo, si por lo mucho que le gustaba Richard o si por todo ello a la vez. Le mantuvo la mirada. Richard parecía serio y convencido de lo que estaba diciendo.

—Nos conocemos desde hace solo unos días —se excusó.

—A veces no se necesita más.

Amanda lo miró pensativa antes de mirar su *vision board* de nuevo. Realmente había conseguido todo.

—Cuando llegué aquí, solo pensaba en pasar una navidad típica.

—La encontraste ¿no?

—Sí, claro... pero ¿y todo lo demás? No esperaba nada de lo que ha ocurrido.

Richard le sonrió.

—Será la magia navideña esa que dicen.

Amanda miró hacia el calcetín que había junto a la ventana y los paquetes que había puesto bajo el árbol. Abrir los regalos era lo primero que hacía la mañana de Navidad.

—No te compré un regalo —se disculpó yendo hacia ellos—. No esperaba... No sabía qué iba a pasar entre nosotros.

Se sentó en el suelo empezando a abrir los paquetes. Richard se levantó. Cogió el regalo que había comprado para ella antes de salir de Nueva York y la siguió sentándose a su lado en el suelo.

—Si me dices que sí, me harás el mejor regalo de todos.

Amanda lo miró sonrojada.

—¿Sí a que?

—Sí a quedarte conmigo —le pidió—. Sí a trabajar a mi lado. Sí a una vida juntos.

Amanda sintió que su corazón latía con fuerza. Vio que él le daba un pequeño paquete envuelto en papel brillante y contuvo su respiración.

—No es un anillo —se justificó guiñándole el ojo—. No quería asustarte...

Ella le miró con cariño antes de coger el paquete y abrirlo nerviosa.

—Me gusta abrir regalos la mañana de Navidad —le confesó.

Se quedó sin habla al ver el colgante en forma de dos manos unidas que había en la cajita. Miró a Richard emocionada.

—Lo vi y me acordé de ti —le dijo cogiéndolo y poniéndoselo al cuello—No estaba seguro de qué me contestarías. La mente puede que te diga que apenas nos conocemos, pero seguro que el corazón te dice que podemos intentarlo.

Le dio un suave beso en el cuello antes de fijarse en cómo le quedaba.

—Intentar no es conseguir —le sonrió ruborizada y con los ojos brillantes.

—Pues tú tienes la última palabra —le recordó Richard—. Yo me quedo. Aunque tenga que hacer viajes a Nueva York cada cierto tiempo.

—Yo también tendré que hacerlos.

—Genial, también podemos hacerlo juntos —Richard la besó en los labios con ternura—. De la mano.

El teléfono móvil de Amanda sonó sobresaltándolos.

—Serán mis padres —le explicó—. Es Navidad. Los regalos y todo eso...

Richard asintió volviendo a la mesa del desayuno mientras la veía saludar con cariño a sus padres a través de la videollamada. Él

no se imaginaba teniendo una relación tan cercana con sus padres sino más bien todo lo contrario.

—¿Qué llevas en el cuello, cariño? —le preguntó su madre extrañada—. No podemos ofrecerte la típica comida en familia, pero sabes que te queremos mucho.

Amanda se llevó las manos a su nuevo colgante y miró a Richard que le sonreía desde la mesa de la habitación.

—¿Encontraste lo que buscabas esta Navidad? —le preguntó su padre afectuoso.

Amanda asintió.

—Encontré mucho más, y sí que tendré la típica comida en familia—se levantó decidida—. Hay alguien que os quiero presentar.

Sus padres se miraron entre ellos con una sonrisa. Richard la vio acercarse a él sorprendido. Amanda se sentó sobre sus piernas. Él le pasó un brazo por la cintura.

—Este es Richard O’Roarke—les presentó haciendo que él entrara junto a ella en la pantalla de la llamada—. Voy a comer con su familia. Me quedo en Edentown. Ya os he contado que, de repente, tenía nuevos clientes por la zona. Richard es abogado.

Sus padres le saludaron gratamente sorprendidos.

—Bienvenido a la familia, muchacho —le dijo el padre—. Conociendo a Amanda, esta decisión no es fruto de un impulso. Espero que sepas lo afortunado que eres.

—Lo sé, señor —respondió Richard con seguridad—. Amanda es lo mejor que podía pasarme.

Entrelazaron sus dedos, se miraron con una sonrisa cariñosa. Convencidos, confiados, dispuestos a caminar de la mano durante toda la vida.



Otros libros de la autora de la misma colección

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe... hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí:
<https://amzn.to/2FcUyIF>

y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

Una pasión escondida (Edentown 2)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.

¿Podrán hacer frente a ello?

GRATIS en la web: <https://www.annabethberkley.com>

El triunfo del hogar (Edentown 3)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí:
<https://amzn.to/3j5JAnC>

y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

Otros libros de la autora ambientados en Navidad

3 Novias para Navidad

La familia Anderson se reúne en Navidad, pero este año el abuelo quiere conocer a las novias de sus tres nietos, temiendo que sus últimos días estén muy cerca.

Brendan prefiere rodearse de libros antes que de mujeres, por eso pide el favor a una compañera de trabajo que lo remite a su recatada compañera de piso. April no tiene ningún interés en mantener una relación, pero cuando sus miradas se cruzan, sus cuerpos se rozan y el muérdago los invita a compartir un beso, olvidan las razones que se daban para no caer en el Amor.

Bryan no se puede creer que justo antes de salir de casa para celebrar la Navidad su jefe le pida que custodie a la principal testigo de un caso de desfalco. A Maddie no le importa acompañarle a la celebración familiar. Lo que no espera es que tengan que compartir habitación y quizá algo más.

Brad es testigo de un accidente de tráfico mientras se dirige a la casa familiar a celebrar las fiestas. Que un hombre guapo se ofrezca a ayudarla le parece a Samantha lo mejor que le podía pasar, pero no esperaba lo que ocurriría a continuación.

Sumérgete en el Amor y en la Magia Navideña con otra bonita novela de Annabeth Berkley.

Descarga tu copia aquí: relinks.me/B08N711QLT

3 Novios para Navidad

Kelsey Barret necesita un tiempo para reflexionar. Su novio a distancia la ha dejado y su trabajo no le satisface. Decide volver al hogar de su familia, del que guarda tan buenos recuerdos, y pasar allí la Navidad.

Faye Barret responde a la llamada de su prima para reunirse en la vieja casa de la abuela. Espera que a sus hijos les guste tanto como a ella y puedan distraerse de la primera Navidad sin su padre.

Charlize Barret decide tomar todas las vacaciones que le debe la empresa para la que trabaja y disfrutar con sus primas en el hogar familiar. Necesita relajarse del estrés de la ciudad y desconectar una temporada de su ajustada agenda laboral.

Lo que empezó como un homenaje a los recuerdos del pasado, se convirtió en un impulso para un futuro inesperado.

Permite que tu corazón se llené de amor y de magia navideña. Descarga tu copia aquí: relinks.me/B08PDQC74Q

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio positivo en Amazon para ayudar a su divulgación.

Y quiero agradecerte el gesto invitándote a descargar gratuitamente la novela «*Una pasión escondida*» de la serie Edentown, en este enlace:

<http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley